

Acequiñas

AÑO 24 Primavera 2021
UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA TORREÓN

REVISTA DE DIVULGACIÓN
ACADÉMICA Y CULTURAL

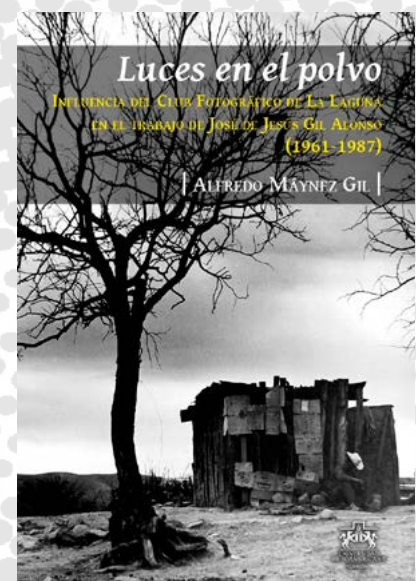
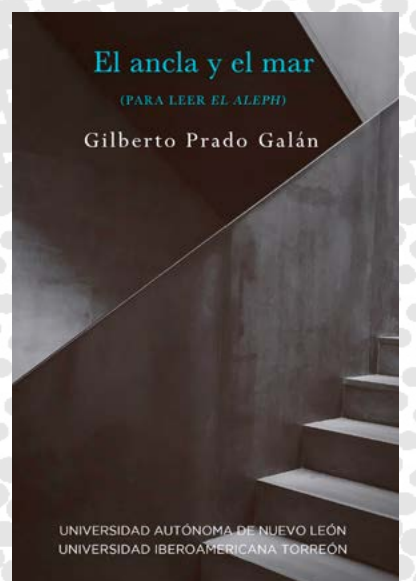
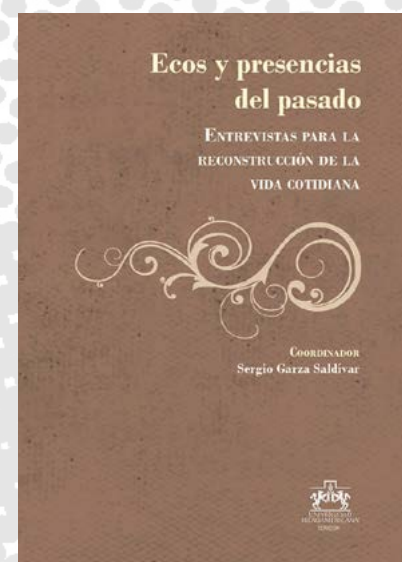
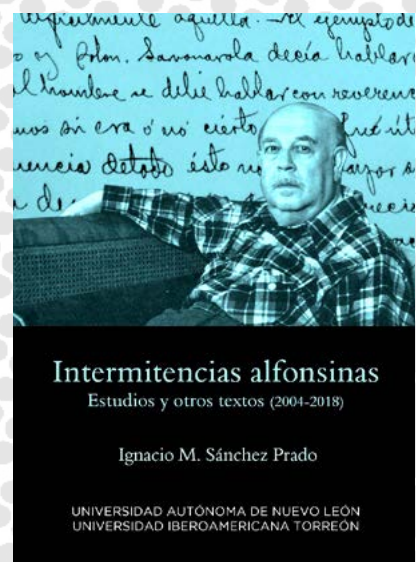
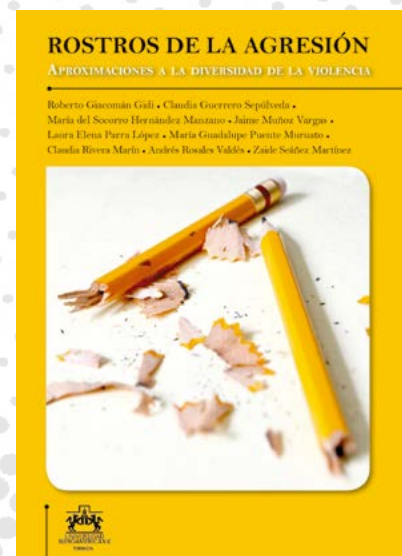
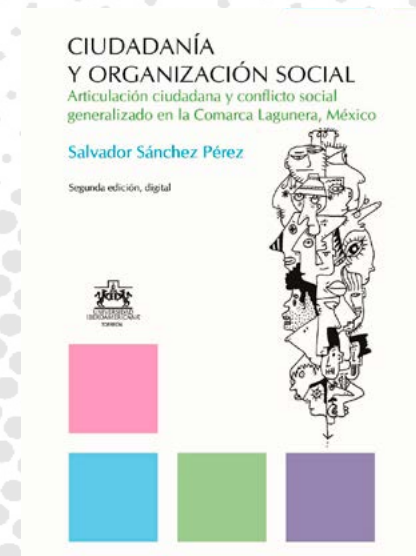
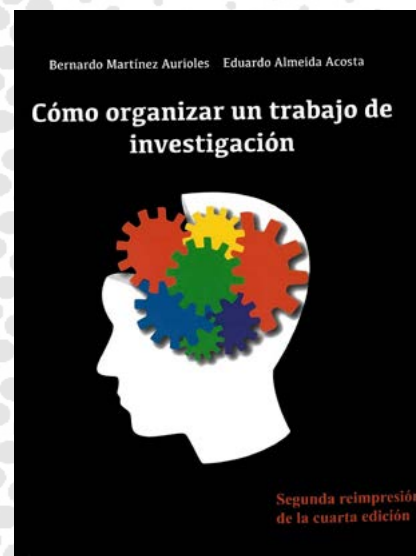
84

Salvador Sánchez Pérez,
in memoriam

Gesta sanitaria

+ historia, crítica literaria, cuento y poesía





EDICIONES Y COEDICIONES
RECIENTES GESTIONADAS
POR EL CENTRO
DE DIFUSIÓN EDITORIAL DE LA
UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA
TORREÓN
INFORMES:
jaime.munoz@iberotorreon.edu.mx

Acequias Índice

Número 84, enero-abril de 2021

Universidad Iberoamericana Torreón
Guillermo Prieto Salinas, SJ
Rector

Armando Mercado Hernández
Director General Académico

Ismael Bárcenas Orozco, SJ
Director General Educativo

Jaime Muñoz Vargas
Coordinador del Centro de Difusión Editorial

Jaime Muñoz Vargas
Revisión y edición

Laura Elena Parra López
Raúl Alberto Blackaller V.
Andrés Guerrero
Comité Editorial

Edición Primavera 2021. Octava época, año 24. Revista de divulgación publicada y distribuida por el Centro de Difusión Editorial de la Universidad Iberoamericana Torreón. *Acequias* aparece tres veces por año. Sugereencias y colaboraciones: Centro de Difusión Editorial, Universidad Iberoamericana Torreón, Calzada Iberoamericana 2255, C.P. 27020, Torreón, Coahuila. Edificio F planta baja. Teléfono: (871) 705 10 10 ext. 1135. Correo electrónico: publicaciones@iberotorreon.edu.mx Número de reserva al Título en Derechos de AutoRP: 04-2006-032716162900-102. Número de Certificado de Licitud de Título: 10825, y Número de Licitud de Contenido: 8708, otorgados por la Secretaría de Gobernación. Las opiniones de los colaboradores no representan la postura institucional de la Universidad y son responsabilidad de los autores.

Versión en línea:
<http://itzel.lag.uia.mx/publico/publicaciones.php>

- 2 Editorial
- 3 Salvador Sánchez Pérez, *in memoriam*
José Édgar Salinas Uribe
- 5 Estampas del desierto
Salvador Sánchez Pérez
- 9 Dos catálogos de mosaicos hidráulicos
Laura Orellana Trinidad
- 13 ¿Qué hacemos desde la universidad para transformar al mundo?
SUJ
- 15 Gesta sanitaria
Laura Elena Parra López
- 19 Árboles ayer, bosques hoy
Jaime Muñoz Vargas
- 22 1984: las visiones de la sospecha son las verdades de la realidad
Fernando Fabio Sánchez
- 27 Borges y las traducciones
Gerardo García Muñoz
- 30 Aceite de palma, industria alimentaria y promesas superficiales
Maricarmen Zolezzi Sada
- 33 Noche de bar
Elena Palacios Hernández
- 36 El transeúnte
Alfredo Loera
- 40 Dos postales desde la niñez
Javier Ramponelli



La fotos son de RENATA IVANA MUÑOZ CHAPA (Torreón, Coahuila, 2002), alumna del segundo semestre de Comunicación en la Ibero Torreón y estudiante de francés en la Alianza Francesa de La Laguna. Algunas de sus fotos han sido publicadas en la revista *Espacio 4* de Saltillo, en anteriores ejemplares de *Acequias* y en las portadas de los libros *Tomar la palabra (II)* del profesor Gabriel Castillo Domínguez, *La balada de tu nombre* de Arcelia C. de Aizpuru y *Narrar a mediodía*, colectivo. Entre otros cursos, tomó el diplomado en fotografía de la Ibero Torreón y en Instagram administra la cuenta *Ivana Muñoz Fotografía*. Gracias a Dora Romero por las facilidades otorgadas para tomar las fotos en la librería Otel, Torreón.

Editorial

Con tristeza nos despedimos en este número de Salvador Sánchez Pérez, amigo, compañero de trabajo y colaborador de *Acequias*. Su desaparición física fue una sorpresa muy dolorosa para la comunidad de la Ibero Torreón, más porque se debió a una tragedia de aquellas para las que nadie está preparado. Lo despedimos con un afectuoso apunte de José Édgar Salinas Uribe, quien fue, tal vez, su más cercano compañero en los ámbitos de la academia y de la amistad. Descanse en paz Salvador, y que quede entre nosotros su ejemplo de entrega teórica y práctica al conocimiento sobre los imperativos de la participación ciudadana.

A propósito de dos documentos contenidos en el Archivo Histórico de nuestra universidad, la doctora Laura Orellana Trinidad emprendió un ensayo histórico acucioso sobre dos industrias dedicadas a la fabricación de mosaicos o baldosas. Este trabajo continúa la labor del centro de investigación intitucional por hurgar y explicar el valor de los materiales con valor histórico que obran en el repositorio de la Ibero Torreón.

Asimismo, Laura Elena Parra, académica de la Ibero Torreón, explora la “Gesta sanitaria” de Isabel Zandal Gómez, una aventura que da pie a la reflexión sobre el personal dedicado a la salud en este momento crítico del mundo, pues los ejemplos de entrega que ha dado tienen un notable antecedente en la figura de la enfermera española.

Fernando Fabio Sánchez prologó una reciente edición mexicana de *1984*, novela de George Orwell. Este acercamiento es pormenorizado e invita a leer o releer la novela inglesa que amonedó el concepto de *Gran Hermano*, caro desde que se meditó en la importancia de la privacidad personal hoy acosada desde todos los ángulos. También en el rubro de la crítica literaria, Gerardo García Muñoz propone una erudita lectura sobre el libro *Borges y los clásicos*, de Carlos Gamerro.

Cierran esta edición comentarios de Maricarmen Zolezzi Sada, alumna de la Ibero Torreón, y de Jaime Muñoz Vargas, además de dos cuentos y un poema de Elena Palacios Hernández, Alfredo Loera y Javier Rampognelli, respectivamente.

Ojalá el paseo por las páginas de *Acequias* 84 sea instructivo y placentero.

Salvador Sánchez Pérez, *in memoriam*

José Édgar Salinas Uribe

A uno de mis amigos de infancia lo conocí cuando él había terminado su carrera de ingeniero químico y yo concluía el segundo semestre de economía. Contrario a la idea popular, las amistades de la niñez, esas que duran para toda la vida y que constantemente imaginan mundos alternos, no siempre son encontradas en la infancia sino años después. Eso me ocurrió con Salvador Sánchez Pérez, a quien comencé a tratar cuando él colaboraba a tiempo parcial en el Centro Pro de Derechos Humanos y yo hacía lo propio en Matraca, organización que en Xalapa acompañaba a niñas y niños en situación de calle. Un año después, en el noviciado de la Compañía de Jesús, y junto con Mario Cisneros, recibíamos el apodo peyorativo de la “triada”, mote impuesto por un jesuita lagunero para quien la amistad que tejimos tlaxcalteca, coahuilense y michoacano rebasaba sus amurallados parámetros emocionales.

Muchos años después la vida nos volvió a reunir, ahora en la Comarca Lagunera, a Salvador y a mí. La noche que me tocó presentar su libro *Ciudadanía y organización social*, concluí que el postulado transversal de los ocho capítulos del volumen era la consideración de la pobreza como privación de ciudadanía. Pienso ahora en la frase y caigo en la cuenta de que quizá fue esa la idea y llamado a la acción, desde la fe, en torno a la cual tejimos una sólida amistad propiciada por la formación jesuita, académica y de experiencias comunes compartidas por años, así como por las innumerables conversaciones que, en ocasiones y a ojos de quien no supiera de nuestra amistad, pudieran parecer francas disputas no lejanas a los golpes. La ironía, no difícil para ninguno de los dos, siempre nos ayudó a transformar una diferencia en carcajada liberadora.

La experiencia, entendida como probación física de realidad, según el Zubiri que nos enseñaron en el filosofado, en aquella casona de la calle Madero junto al templo Expiatorio de Guadalajara, nos ayudó a mantener la alerta frente a los límites del discurso, del logos. Recuerdo, en ese sentido, una expe-

José Édgar Salinas Uribe

Epitacio Huerta, Michoacán, 1974. Doctor en sostenibilidad. Autor de tres libros: *Las 7C de ciudadanía* (Lasalle, 2016), *Arqueología de un Imaginario: La Laguna* (Juan Pablos editores, 2009) y *Memoria y Recuerdo: Microhistoria de Ayotitlán* (ITESO, 2005). Actualmente columnista en *El Siglo de Torreón*, también han sido publicados textos suyos en diversos periódicos y revistas, entre ellas, *Acequias*. @letrasalair

riencia que nos marcó definitivamente: el trabajo en maquiladoras aquel duro invierno en que fuimos enviados, él junto al Bosh a Matamoros y yo con el torreonense Ricardo Jiménez a Reynosa, y que tuvimos oportunidad de aquilatar, ignacianamente, en una eucaristía inolvidable arropados por la neblina de una fría playa Bagdad. Como esas, muchas otras experiencias nos formaron y fortalecieron en la amistad, desde las precursoras de la modulación del servicio hasta otras de mayor responsabilidad en Jalisco, Chiapas, Veracruz, La Laguna y Chihuahua.

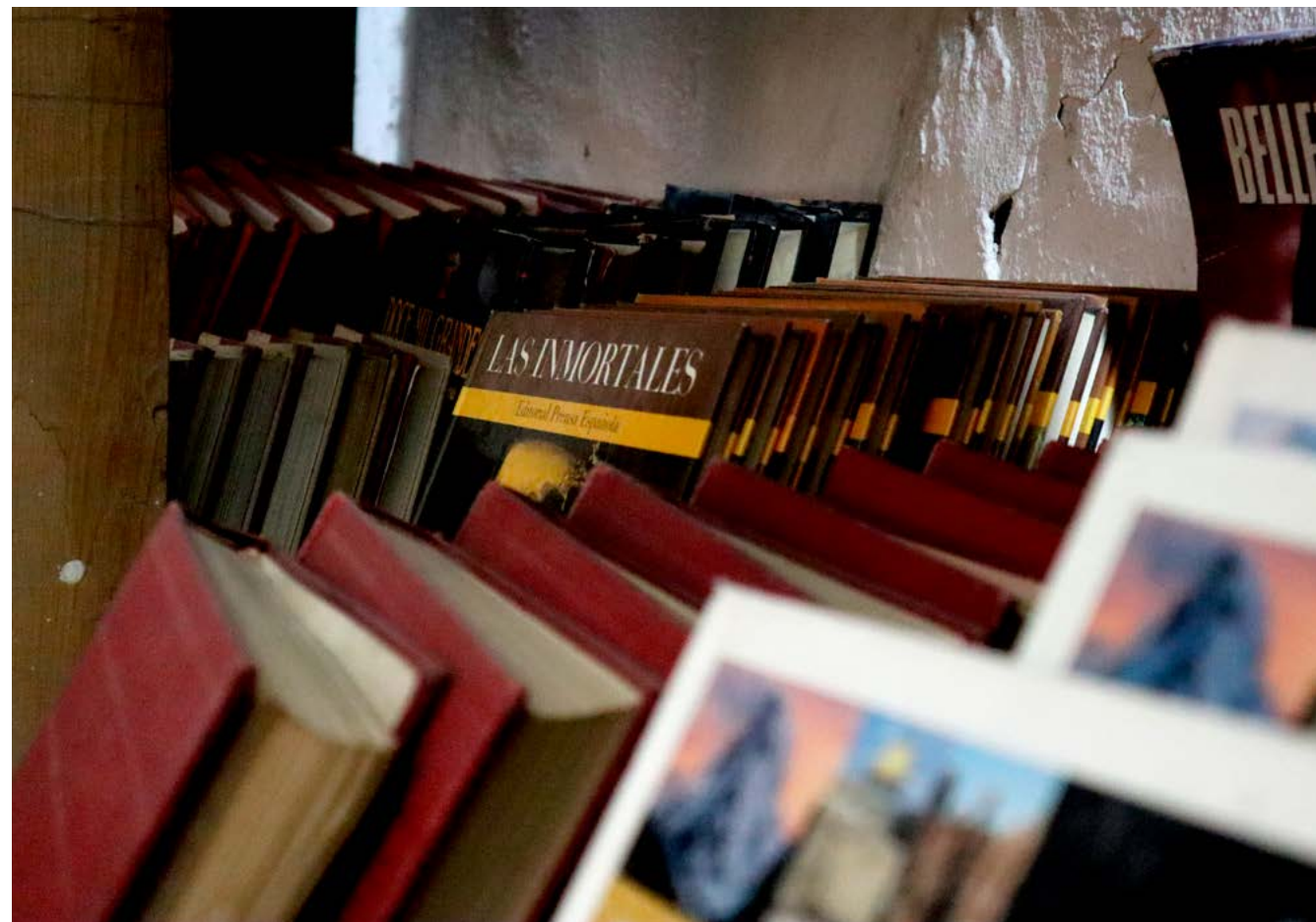
A partir de su accidente en León el entusiasmo que le caracterizaba sufrió un oscuro matiz. Las secuelas físicas fueron quizá menores a las sufridas en el ánimo y sentido misional. Afianzado en el “Principio y fundamento” de todas las

cosas y con mucho coraje personal fue reencontrando para sí un lugar con sentido. No fue sencillo y nunca más tuvo la integralidad previa. Diversas fronteras, unas propias y otras del entorno, fueron llevando su vocación por nuevos derroteros entre colectivos civiles y causas comunitarias. También se abrió camino por territorios distintos con la consigna “el Barrio, ya”. Pese a haber decidido no continuar estudios doctorales, dada su experiencia en Alemania, había reiniciado el doctorado en filosofía pues sus afanes intelectuales (y quizá los vitales) le pedían retomar un cauce integrador.

Hace algunos años, Salvador fue enviado a La Laguna, entre otras tareas, a recuperar su salud. Pese a sus reniegos, aquí encontró amigas y amigos entrañables y pudo reinventar su sentido de “pecador llamado” al servicio en causas

periféricas, en territorios de dignidad hurtada y ciudadanía sistémicamente socavada. Nunca pudo entender por qué el Santos tenía cuatro porras distintas, así que optó por la risa, como método, ante la dificultad de encontrar explicación a la endémica división lagunera. Tal vez eso motivó que en su libro escribiera: “Las grandes transformaciones no se lograrán con una sola persona, ni con vías unidireccionales ni esquemas clientelares... Todos los actores de una sociedad deben encontrar un terreno común en su búsqueda de un cambio social”.

Junto a otros amigos, alguna vez subimos al piso más alto del nevado de Colima. He vuelto a ver esa fotografía. Con esa me quedaré: reías a plenitud, Sánchez. Descansa en paz, has llegado a la cima final. *Ad maiorem Dei gloriam.*



In memoriam

Estampas del desierto

Salvador Sánchez Pérez

Ciudadanía y educación no formal fueron los temas sobre los que Salvador Sánchez Pérez, SJ, articuló su trabajo de investigación y compromiso social en el último quinquenio de su estancia en la Comarca Lagunera.

En los ocho capítulos de su libro Ciudadanía y organización social, así como en diversos artículos tanto en revistas académicas como en columnas periodísticas, Salvador bordó sobre dicha temática. Me atrevo a resumir el núcleo de su propuesta con dos interpretaciones de su pensamiento: ciudadanía como proceso colectivo y acción articulada, y educación no formal como experiencia intencionada.

Por invitación de Jaime Muñoz, hurgué en diversas fuentes para proponer a quien se acerque a esta lectura un breve muestrario del pensamiento de Salvador. Propongo, para tal efecto, una cita de su artículo: “Educación no formal para la ciudadanía en América Latina. Caso jóvenes grafiteros de colonias marginales en el Centro-Norte de México” publicado en la Revista Latinoamericana de Estudios Educativos; ahí expuso el resultado de una intervención de educación no formal para la ciudadanía con un grupo específico de grafiteros.

Además, a partir de sentencias sueltas de su cuenta de twitter a las que busqué dar un orden desde la perspectiva de su concepción de ciudadanía, propongo un brevísimo muestrario aglutinado bajo el nombre “estampas del desierto” que tomé prestado de la denominación dada por él a las imágenes de sus recorridos por distintos rincones de la Comarca Lagunera.

JOSÉ ÉDGAR SALINAS URIBE

Sobre la educación no formal

“Cómo lograr procesos de educación para la ciudadanía en circunstancias no formales es la cuestión que se aborda en este trabajo. La intervención con los jóvenes grafiteros responde a la necesidad de aplicar a un público específico la propuesta educativa y hacer posible el análisis de sus efectos. Para ello, se trabajó durante seis meses con jóvenes que participan de esta actividad y que habitan en colonias marginales de la ciudad de Torreón, Coahuila. En el primer capítulo se sientan las bases para la com-



preñión del contexto del público aquí elegido: jóvenes grafiteros que habitan en las zonas marginales de una ciudad latinoamericana promedio.

En el segundo capítulo se hace una reconstrucción del concepto de ciudadanía, a partir de la propuesta habermasiana de la acción comunicativa y su correlato institucional, que juega aquí el rol de fundamento teórico. La otra mitad, el correlato empírico de la presente propuesta, es la pedagogía de educación popular; para ello se ha echado mano de los planteamientos que se hicieron en América Latina en los años setenta, que se leen y actualizan para hacer posible su aplicación en el actual mundo globalizado. Se entiende que el objetivo no ha sido desarrollar, por ahora, toda una metodología específica, cuestión que pensamos podría limitar la aplicación de la propuesta de educación no formal

para la ciudadanía con otros públicos. El supuesto es que ésta, la propuesta, puede ser aplicada con otros colectivos urbanos, por supuesto, también rurales, de hombres y mujeres, en diferentes campos de lucha social, adaptando la que aquí se sugiere. El esbozo de metodología específica que se presenta va en la línea de transitar hacia la reafirmación de sí mismos, que los actores pueden tener, en relación con el sentido gregario que les es propio.

Finalmente, en el tercer capítulo se exponen los resultados del proceso, en la medida que éstos pueden ser visibilizados. Así se señala cómo el proceso llevado a cabo con estos jóvenes incrementa tanto la reafirmación como el sentido gregario ya mencionado, pero, por otra parte, cómo el proceso lanza a los grafiteros a ampliar su mirada y a dibujar esbozos de compromiso para ac-

tuar en la sociedad de la cual son parte”.

Tomado de “Educación no formal para la ciudadanía en América Latina. Caso jóvenes grafiteros de colonias marginales en el Centro-Norte de México. RLEE (México), 2018, Vol. XLVIII 1 pp.199-230.

Las sentencias que siguen fueron tomadas del timeline del twitter de Salvador Sánchez. Las publicó en diversas fechas entre los años 2020 y principios de este 2021. Pretenden recoger el sentido que daba a la noción de ciudadanía como acción articulada desde la propia responsabilidad.

“Mundo civilizado, nos educamos juntos, nos educamos uno a otros, sin prisas, sin ansiedad”.

“Si el presidente de México es algo más que el titular del Poder Ejecutivo,

no está mal él, estamos mal nosotros... ¿te das cuenta?”

“Nos encantan los mesianismos, los tlatoanis, los caudillos... qué triste”.

“En lugar de llorar, podríamos asumir una actitud crítica, articularnos para hacer oír nuestra voz y participar en el diseño del rumbo de nuestra sociedad. Pero no, somos la otra cara de la misma moneda #caciquismo mesianismo providencialismo”.

“Washington es una pena. Los seguidores de Trump irrumpen en el capitolio. La democracia norteamericana se ha hundido en su punto más profundo. Si el estado de derecho no se levanta contra este presidente, entonces podemos dar por perdido todo”.

“Lo que tú creías que eran convicciones personales, no es más que ideología de masas”.

“Si ellos son capaces de organizarse para resolver sus problemas comunes, entonces ese es el mensaje”.

“El único modo de resolver problemas es organizarse, tampoco vas a resolver los problemas de toda la ciudad, pero sí hay una parte que podemos hacer y que la tenemos que hacer, solos no, sólo si nos organizamos”

“Hay problemas muy complejos: 7 de cada 10 jóvenes se quieren ir de la región porque no tienen oportunidades de empleo, ¿eso quién lo va a resolver? ¿Saltillo? ¿Durango? ¿AMLO? ¡No! ¡Nosotros! Necesitamos articularnos y

ese mensaje que yo quiero dar, quién sabe cuánto nos tardamos en entenderlo porque además es algo que no se puede explicar, sólo cuando lo hacemos nos podemos dar cuenta” (entrevista para *El Siglo de Torreón*, 25 de febrero de 2019).

“La mujer asume puestos de decisión, cada vez más, en la Iglesia Católica: la iglesia clerical va a resultar pronto un mero no grato y lejano recuerdo”.

“Pero la teología siempre es reducible a política: María, la madre de Jesús, fue recuperada a toda prisa con el título de Reina de los Cielos...”.

“Donde hay dos laguneros, hay tres opiniones: elevar a rango identitario la escisión de sí mismos”.



Quintana Hermanos y La Industrial

Dos catálogos de mosaicos hidráulicos

Laura Orellana Trinidad

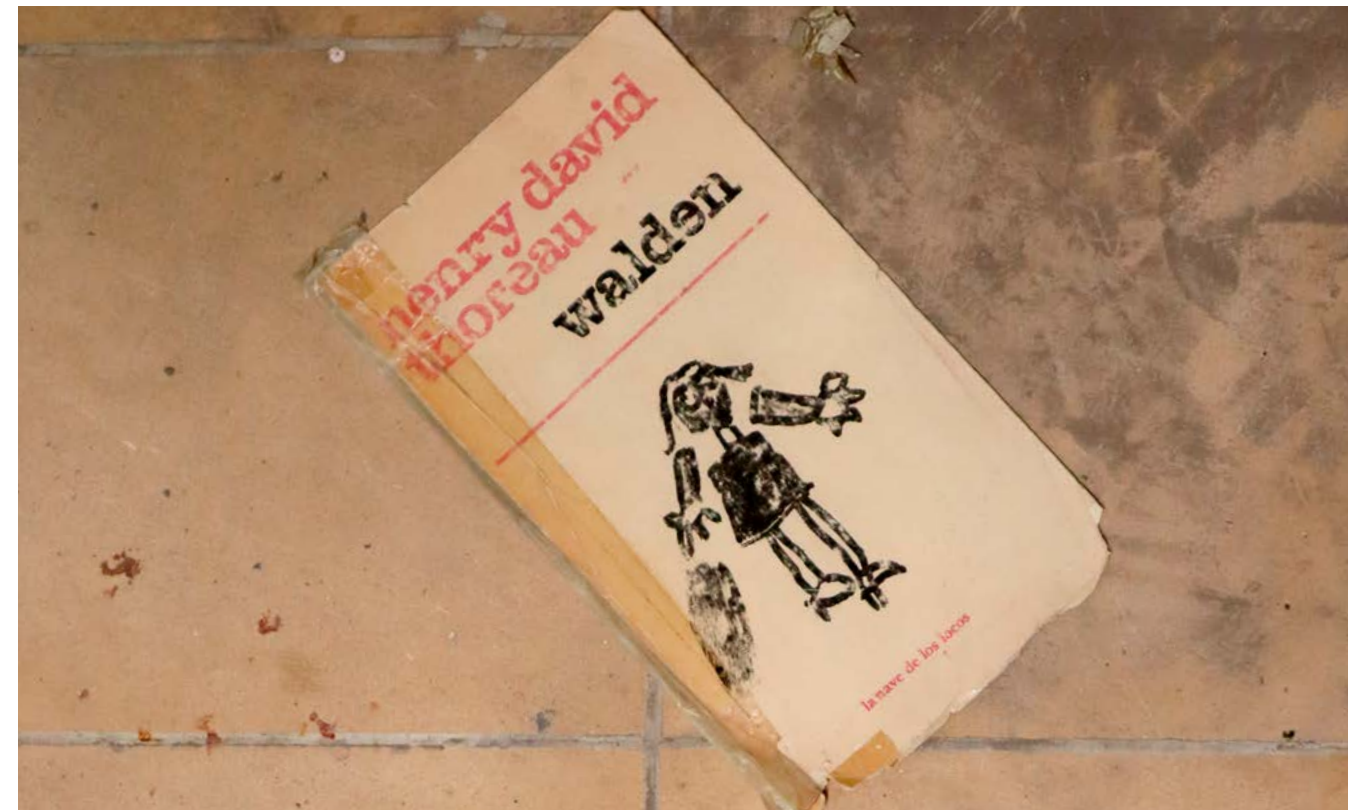
¿Cómo podía una fábrica, a finales del siglo XIX y las primeras décadas del XX, mostrar sus productos de construcción sin transportarlos a lo largo y ancho de México? No hablamos de cemento o de ladrillos, que se pueden evocar fácilmente, sino de una novedad que había llegado de Europa —el mosaico hidráulico— que había adquirido el estatus de “arte aplicada”. Sus piezas artísticas eran coloridas o monocromáticas, de manufactura artesanal, fáciles de limpiar, durables. Parecía imposible mostrar estas cualidades a los posibles clientes sólo en “blanco y negro”, tonos que manejaba el periódico, único medio visual de la época para llegar a un público más amplio.

“De la vista nace el amor”, dice el dicho, y quizá por ello las industrias mosaiqueras editaron catálogos comerciales con gruesas pastas, fino papel y buenas imágenes de las piezas que podían ser instaladas en los pisos de las viviendas, así como en plazas y banquetas. La facilidad de los catálogos es que podían llevarse o enviarse a cualquier lugar.

La Ibero Torreón tiene la fortuna de contar en su archivo con dos catálogos de sendas empresas que iniciaron la factura de mosaicos en México: Quintana Hermanos, de la Ciudad de México, y La Industrial, de Valentín Rivero Sucesores, ubicada en Monterrey, Nuevo León. Estos catálogos se salvaron de ir a la basura, lo usual en los impresos de este tipo después de cumplir su función; fueron resguardados por María Velázquez de Peña y donados por su sobrina, Irene Silva Santamaría. Estos documentos constituyen una invaluable huella que nos ofrece el pasado para reconocer el mosaico hidráulico: un sencillo y a la vez complejo objeto cultural, estético e identitario, que tuvo un impacto en casi todo el mundo y del que todavía podemos encontrar ejemplares en muchas viviendas y edificios de nuestro país. Sin embargo, en México no se ha despertado un interés por su estudio como ha sucedido en España, Estados Unidos y algunos países de América Latina en años recientes. Por esta razón pensamos que vale la pena realizar un primer y breve acercamiento: ¿qué sabemos de estas empresas?, ¿qué contribución hicieron al ámbito del mosaico en México? ¿cuál es el nexo de estos catálogos con la Comarca Lagunera?

Laura Orellana Trinidad

Torreón, Coahuila. Socióloga, maestra y doctora en Historia por la Ibero Ciudad de México. Académica de tiempo completo en la Ibero Torreón desde 1990. Actualmente es coordinadora del Centro de Investigaciones Históricas y de la Dirección de Investigación Institucional. En 2012 fue distinguida con la medalla al Mérito Académico “David Hernández”. Obtuvo el primer lugar en el certamen nacional de ensayo Susana San Juan, en 1999. Ha publicado *Hermila Galindo, una mujer moderna* (Conaculta) y *Teatro Martínez, patrimonio de los mexicanos* (Fineo). Participó en el proyecto: “Aprendiendo a convivir y hacer ciudadanía”, con financiamiento del Coecyt y concluyó la historia de los 75 años de la escuela Carlos Pereyra. laura.orellana@iberotorreon.edu.mx



Los mosaicos hidráulicos de los Quintana Hermanos

México fue el primer país americano en que pisaron suelo los mosaicos hidráulicos:¹ las primeras fábricas comenzaron su actividad unos años antes de que terminara el siglo XIX. No resulta casual que sus propietarios fueran españoles, puesto que la industria de mosaicos llegó a España entre 1863 y 1868,² y tuvo un fuerte impacto en diversas regiones del aquel país. En 1890, la industria se encontraba en pleno florecimiento y para 1906 se contabilizaban 220 fábricas.³ Fue la época en que comenzó la difusión de una de las llamadas “artes aplicadas” a México, Cuba y otros países americanos.

Los primeros talleres de mosaicos solían instalarse en las ciudades más grandes o en los puertos, porque en ellas se comercializaba el cemento Portland, uno de sus requerimientos. Este material, descubierto en la primera mitad del siglo

XIX en Europa, comenzó a producirse en México a principios del XX, unos años después de que se instalaron las fábricas de mosaicos, para evitar su importación y un mayor costo.⁴

La fábrica de los hermanos Quintana surgió en 1895, en el Distrito Federal.⁵ Hacia 1900 ya contaba con un “importante catálogo”,⁶ y en 1903 ya ofrecía sus mosaicos “...en cualquier punto de la República”.⁷ Estos impresos, como señalamos al inicio, eran necesarios, pues los agentes comerciales tenían que acercar los diseños hasta sus compradores: era una manera de “transportar” los atributos de su producto a otros lugares. La elaboración de catálogos era una práctica habitual de las fábricas de mosaicos hidráulicos, desde su gestación en Francia. Antonio Bravo, estudioso de la baldosa hidráulica, dice que “... todas las grandes industrias, así como las que tuvieron una significación regional importante, editaron alguno”.

El prestigio de Mosaicos Quintana como el de Hernández & Jimeno — estos últimos de Guadalajara, Jalisco— se corrobora con la invitación que recibieron para participar en la Feria Mundial de San Louis Missouri⁸ en 1904, como especialistas en “mosaicos comprimidos”.⁹ Estas exhibiciones, muy en boga desde mediados del siglo XIX, se realizaban para mostrar internacionalmente los avances industriales, artísticos y culturales de cada país en el contexto de la fascinación por la ciencia y el progreso.

Las ferias eran un escaparate muy importante para las empresas al exterior, pero también hacia el propio país, especialmente si ganaban algún premio, porque les daba posibilidad de ganar proyección y que ésta se tradujera en ventas. Las exhibiciones eran asombrosas. Es difícil imaginarlas hoy en día, pero para tener una idea de su magnitud, casi 20 millones de personas visitaron los más de 1500 edificios construidos

expresamente para la feria de Missouri. Éstos se encontraban conectados por 120 kilómetros de caminos.¹⁰ México, como todos los países invitados, construyó su pabellón en el lugar que le fue asignado. El piso fue instalado de manera gratuita por los Quintana, que lucieron junto con las ventanas artísticas de Claudio Pellandini; de esta manera, todos los visitantes admiraron sus mosaicos simplemente al entrar a la exposición mexicana. Los Quintana, según la revista *El Mundo Ilustrado*, lograron adjudicarse el primer lugar por unanimidad del jurado “entre todos los expositores que tomaron parte en el Certamen presentando productos análogos”.¹¹

Vale la pena leer lo que comentó una persona que visitó aquel pabellón:

El hermoso pavimento á que nos referimos, era estilo árabe, y estaba tan bien acabado, que muchos de los visitantes de la Exposición dudaron, en un principio, de que aquellos mosaicos hubieran sido hechos en nuestro país; pero ante la afirmación de personas respetables, y en vista de la marca de fábrica, no pudieron menos que rendirse a la evidencia, subiendo de punto su admiración cuando se les informó que las losetas y mosaicos de cemento comprimido para pavimentos y pisos que allí se habían empleado y que tanto contribuían a la belleza del edificio, eran especialidad de los Sres. Quintana, pues en ninguna otra parte del mundo se fabrican aún. Como era natural, abundaron los elogios para los fabricantes, siendo muy numerosas las casas de comisionistas norteamericanos que se dirigieron desde luego a aquellos inteligentes industriales solicitando el envío de muestras y listas de precios”.¹²

Casi veinte años después de aquel certamen, en 1923, los Quintana se da-

ban el lujo de ofrecer sus mosaicos en Torreón con el lema “Caros, pero muy buenos”, compitiendo ya con empresas mosaiquerías de la Comarca Lagunera.

La fábrica de los Quintana llegó a tener 250 trabajadores de planta, entre prensistas, empacadores, choferes, cargadores y personal administrativo, aunados a los del transporte que hacían llegar los mosaicos a los distribuidores locales, más los colocadores de piso y pulidores.¹³ En algún momento de los ochenta años de vida que tuvo la empresa, la planta contó con cuarenta prensas, colocadas en un galerón en dos hileras paralelas de veinte máquinas cada una, manejadas por igual número de operarios, según las memorias del señor Melchor Mancilla, quien comenzó a trabajar ahí en 1920 con una permanencia de 44 años. A mediados de los sesenta, la empresa se convirtió en cooperativa y Mancilla tuvo la presidencia durante tres periodos. Según los recuerdos de este trabajador, publicados por María Eugenia Herrera, la empresa, con esta nueva modalidad, alcanzó “producciones y ventas sostenidas, permitiéndole reforzar la infraestructura y otorgar buenas ganancias a los trabajadores”. Era un trabajo duro, ya que tenían que estar de pie las ocho horas de trabajo, en un ambiente “contaminado, húmedo y ruidoso”.¹⁴

El catálogo de los Quintana Hermanos, que tenemos en resguardo, es un libro de pasta dura, con 159 páginas (algunas faltantes), y en el que aparecen 275 diseños de mosaicos divididos en secciones: labrados, perfilados, de imitación mármol, cenefa, entre otros. Sus diseños merecerían una investigación aparte. Aunque la fecha de edición del muestrario no aparece, la ficha catastrófica señala la década 1950-1960

como viable. Es probable que, desde sus inicios, los Quintana Hermanos lucharan por introducir sus mosaicos en todo el país, al mismo tiempo que lo hacía una fábrica que se encontraba a 900 kilómetros de distancia.

Los mosaicos de La Industrial, de Rivero y Sucesores

La Industrial surgió en Monterrey un año antes que Los Quintana.¹⁵ Fue una de las diversas empresas que tuvieron los sucesores de Valentín García Rivero Álvarez, un español que viajó a México en 1837, en búsqueda de su hermano Víctor, a quien encontró en Monterrey. Se quedó en la zona regia y en 1843 abrió su propia firma, Valentín Rivero y Compañía. En 1855, fundó con otros coterráneos La Fama, una fábrica de hilados y tejidos, “la primera gran empresa regiomontana”,¹⁶ y ya con esta experiencia montó en 1874 El Porvenir, de hilados, cuyas muestras también se llevaron a la Exhibición de San Louis, Missouri. Después fundó las compañías de almidón El Hércules y los molinos de trigo Jesús María. Valentín Rivero tenía 80 años cuando se instaló la fábrica de mosaicos hidráulicos La Industrial,¹⁷ por lo que es probable que, desde su inicio, la manejaran sus sucesores.

El ámbito de la construcción tuvo mucha actividad en Monterrey en la última década del siglo XIX y la primera del XX. En esa época se establecieron las grandes empresas de ladrillos, las fundidoras de hierro y acero, la de vidrios y cristales, y por supuesto Cementos Hidalgo, cuya producción de material era indispensable para los edificios. Ya comentamos que los mosaicos hidráulicos requieren de cemento Portland, y por ello Vicente Rivero Gajá, hijo

de Valentín Rivero, sería uno de los empresarios interesados en el despegue de Cementos Hidalgo, que comenzó actividades en 1907. Por cierto, varios laguneros participaron en el primer consejo de administración de esta empresa: Juan F. Brittingham, Pablo Martínez del Río, Pedro Torres, Gilberto Lavín, Luis Garza, Juan Terrazas y Francisco Gómez Palacio.¹⁸

La Industrial también realizó catálogos para llegar a otros lugares de la República Mexicana. El que tenemos en el archivo de la Ibero Torreón es un libro también de pasta dura, con cerca de 170 modelos distintos y con fecha aproximada de edición de finales de los años treinta. El catálogo auxiliaba la comunicación entre la fábrica y sus clientes, pues en sus primeras páginas solicitaba a sus compradores que al realizar los pedidos señalaran “el número del dibujo y la página de nuestro

álbum”.¹⁹ La fábrica adoptó la medida de 20 x 20 cm, la más usual en este tipo de baldosas, y con ellas podían elaborar formas parecidas a alfombras con cenefas. En el muestrario destacan las cualidades de su producto. Por un lado, la dureza, ya que decían estar elaborados con materiales de primera calidad y a una presión de 250 kilogramos por centímetro cuadrado para compactarlos (por eso también se les llamaba “mosaicos comprimidos”); la durabilidad, ya que debido a la presencia del cemento Portland la resistencia aumentaba con el tiempo debido a su hidraulicidad: “... un piso de nuestros mosaicos es más bello y resistente a los dos años de uso que recién colocado”; por último, se preciaban de sus muchas aplicaciones y surtido de dibujos compuestos que daban lugar a infinitos modelos en donde “...caben todas las combinaciones geométricas imaginables”.²⁰

Además de los mosaicos hidráulicos, esta empresa ofrecía unas baldosas en relieve, en su color natural—aunque a veces añadían un matiz—, más económicas y propias para “banquetas, cocheras, cabellerizas, patios, azoteas”.

Los mosaicos de La Industrial parecían tener otra cualidad: evitar las caídas, como se observa en esta promoción:

Un buen consejo
Si caminar deseas con ventura
Huyendo siempre del destino adverso
De tu casa en el piso bien procura
Lleva cada mosaico en el reverso
Un emblema de fama... una herradura.²¹

Es probable que La Industrial haya adoptado otros tipos de razón social a lo largo de su trayectoria, como Mosaicos Rivero o Mosaicos Rivero y Gracián. Esta última denominación tuvo una



¿Qué hacemos desde la universidad para transformar al mundo?

Introducción al libro ¿Qué hacemos desde la universidad para transformar al mundo?, libro del Sistema Universitario Jesuita, Ibero-Iteso, León, 2020, 119 pp. En la configuración de este trabajo colaboró la doctora Eiko Gavaldón Oseki, académica de la Ibero Torreón.

La contribución de los docentes en la formación de los jóvenes es un tema central para la universidad y existen instituciones educativas que se interesan por conocer el impacto que sus acciones y políticas tienen en la formación técnica y humana de sus estudiantes. Es claro que múltiples factores y actores influyen en la conformación de los valores sociales y profesionales de los alumnos de educación superior; algunos de estos derivan del modelo educativo institucional y de las experiencias curriculares planeadas, mientras que otros surgen de la dinámica propia de la vida universitaria sin que exista una programación ex profeso. También se manifiestan en las interacciones dentro del campus universitario o en los puntos de contacto del joven con la realidad social y profesional que le circunda. Como quiera que sea, es claro que las personas que inciden en la formación académica (preuniversitaria y universitaria) juegan un papel trascendental en la conformación de su marco valoral.

En especial se considera que el personal docente es clave en la promoción de actitudes, percepciones y valores. En abstracto se asume que los miembros de toda comunidad educativa (alumnos, docentes, personal administrativo, de servicios y directivos), por el simple hecho de serlo, tienden a compartir perspectivas y alinear acciones en torno a la misión formativa de la institución. Así, se entiende a la universidad como un proyecto abierto que se enriquece con la aportación y las perspectivas de los diversos actores que ahí convergen, reconociendo posturas diversas que deberán explicitarse y comprenderse cabalmente en pro de un diálogo comunitario. Por ello, la investigación que dio origen a este libro se propuso conocer la manera en que los docentes universitarios de las instituciones de educación superior confiadas a la Compañía de Jesús en México asumen y conciben el compromiso social universitario.

Cuando se estudió, hace algunos años, el compromiso social de los egresados de las instituciones jesuitas se identificaron acciones e intenciones de servicio a los demás, de solidaridad, de sensibilidad hacia grupos marginados y otras expresiones que dan cuenta de las posibilidades que tienen como profesionistas para contribuir en la transformación de un mundo más justo, equitativo y solidario.

El análisis en esta obra se centró en conocer cómo se concreta, durante la formación universitaria, el compromiso social a partir de las concepciones y prácticas de los profesores, ya que ahí se puede expresar una de las intenciones formativas del modelo educativo del Sistema Universitario Jesuita (SUJ).

sucursal en Torreón entre 1943 y 1945. No era una agencia, sino probablemente una pequeña fábrica: el haber contado con un equipo de beisbol local revela que como mínimo tenían nueve empleados. En los anuncios puede observarse la duda que surgió entre los laguneros acerca de que la naturaleza de sus mosaicos no fuera la misma que en la central, ubicada en Monterrey. A lo que ellos alegaban: “calidad igual a la de nuestra matriz”.

Esta empresa siguió en funciones varias décadas,²² aunque es probable que ya no ofreciera mosaicos hidráulicos. Lo que sí sabemos es que uno de estos modelos sobrevive y ocupa un lugar especial entre los laguneros: el panel hexagonal y las flores que se forman con un cuarteto de mosaicos permanecen en la Calzada Colón, la Plaza del Eco y en muchas banquetas de nuestra región. Esa pequeña baldosa es parte de nuestra identidad.

NOTAS

¹ Antonio Bravo-Nieto. “La baldosa hidráulica en España. Algunos aspectos de su expansión industrial y evolución estética (1867-1960)”. *ABE Journal*, núm 8, 2015, <http://journals.openedition.org/abe/2721>

² El periódico *La Vanguardia* publicó en 1893 que “la industria del mosaico hidráulico había sido importada a España 25 o 30 años antes por don Buenaventura Garreta” *La Vanguardia*, 1º de octubre de 1893, p. 5.

³ Leila el-Wakil. Carreau céramique, carreau ciment et mosaïque décorative XIXe-XXe siècles. Diffusion d’un(e) mode décoratif(ve) entre artisanat et industrie, *ABE Journal*, núm 8, 2015, <http://journals.openedition.org/abe/2873>.

⁴ Una revista de arquitectura española señalaba en 1903 que “...los países hispa-

noamericanos tenían gran necesidad de baldosas hidráulicas y de cemento; y que, como no disponían de fábricas cementeras, compraban este producto en Hamburgo (un 95%) e Inglaterra (un 5%), lo que apunta hacia la existencia de un mercado creciente”. Antonio Bravo-Nieto, *op. cit.*

⁵ María Eugenia Herrera. “Colonia Tránsito”, en María Eugenia Herrera (coordinadora). *El territorio excluido. Historia y patrimonio cultural de las colonias al norte del río de La Piedad*. Palabra de Clío, México, 2007, p. 36.

⁶ Antonio Bravo, *op. cit.*

⁷ “Mosaicos Quintana Hermanos”. *La Voz de México*, 24 de abril de 1903, p. 4.

⁸ Esta feria fue la mayor celebrada hasta entonces. Ocupó 500 hectáreas.

⁹ Quintana Hermanos y Hernández & Jimeno aparecieron en el grupo 45 Cerámica (materia prima, equipo, procedimientos y productos). Catálogo Oficial de las exhibiciones de los Estados Unidos Mexicanos: Exposición Internacional de St. Louis Missouri, 1904, p. 121.

¹⁰ Louisiana Purchase Exposition. (1904, World’s Fair). St. Louis Convention and Visitors Commission. https://web.archive.org/web/20070409190322/http://explorestlouis.com/factSheets/fact_worldsFair.asp?PageType=4.

¹¹ “México en San Luis Missouri. La gran fábrica de los señores Quintana y hermanos”. *El Mundo Ilustrado*, 2 de julio de 1905, p. 20.

¹² *Ibidem*.

¹³ María Eugenia Herrera, *op. cit.*, pp. 37-38.

¹⁴ *Ibidem*.

¹⁵ Mario Cerutti. *Burguesía y capitalismo en Monterrey 1850-1910*. Fondo editorial de Nuevo León, México, 2006, p. 164.

¹⁶ Miguel Ángel González Quiroga, César Morado Macías. *Nuevo León ocupado. Aspectos de la guerra México-Estados Uni-*

dos. Editorial Nuevo León, México, 2006, p. 142.

¹⁷ Mónica Ovalle Salas. “El último vestigio del molino ‘El Hércules’ en Monterrey, Nuevo León”. *Boletín de Monumentos Históricos*, Tercera Época, núm. 10, mayo-agosto, 2007, p. 6. https://mediateca.inah.gob.mx/islandora_74/islandora/object/articulo%3A9851; Armando V. Flores Salazar. Calicanto. Marcos culturales en la arquitectura regiomontana. Siglos XV y XX. Universidad Autónoma de Nuevo León. México, 1998, p. 80; Isidro Vizcaya Canales. “Los orígenes de la industrialización de Monterrey”. Gobierno del Estado de Nuevo León/Secretaría de Educación/Fondo Editorial ITESM, México, 2006, p. 91.

¹⁸ Javier Rojas. “Pioneros de la industrial del cemento del Estado de Nuevo León, México: Cementos Hidalgo, S. C. L.”. *Ingenierías*. Vol. XIII, núm. 49, octubre-diciembre 2010, pp. 35 y 36; Gustavo Alarcón Martínez. “Oportunidad y desafío Nuevo León en el umbral de su cuarta industrialización”. *Trayectorias*. Año IX, núm. 25, septiembre-diciembre 2007, p. 62.

¹⁹ La Industrial. Fábrica de mosaicos hidráulicos perfeccionados. V. Rivero Suescotes, Monterrey, Nuevo León, s/f, p.1.

²⁰ *Ibidem*, p. 6.

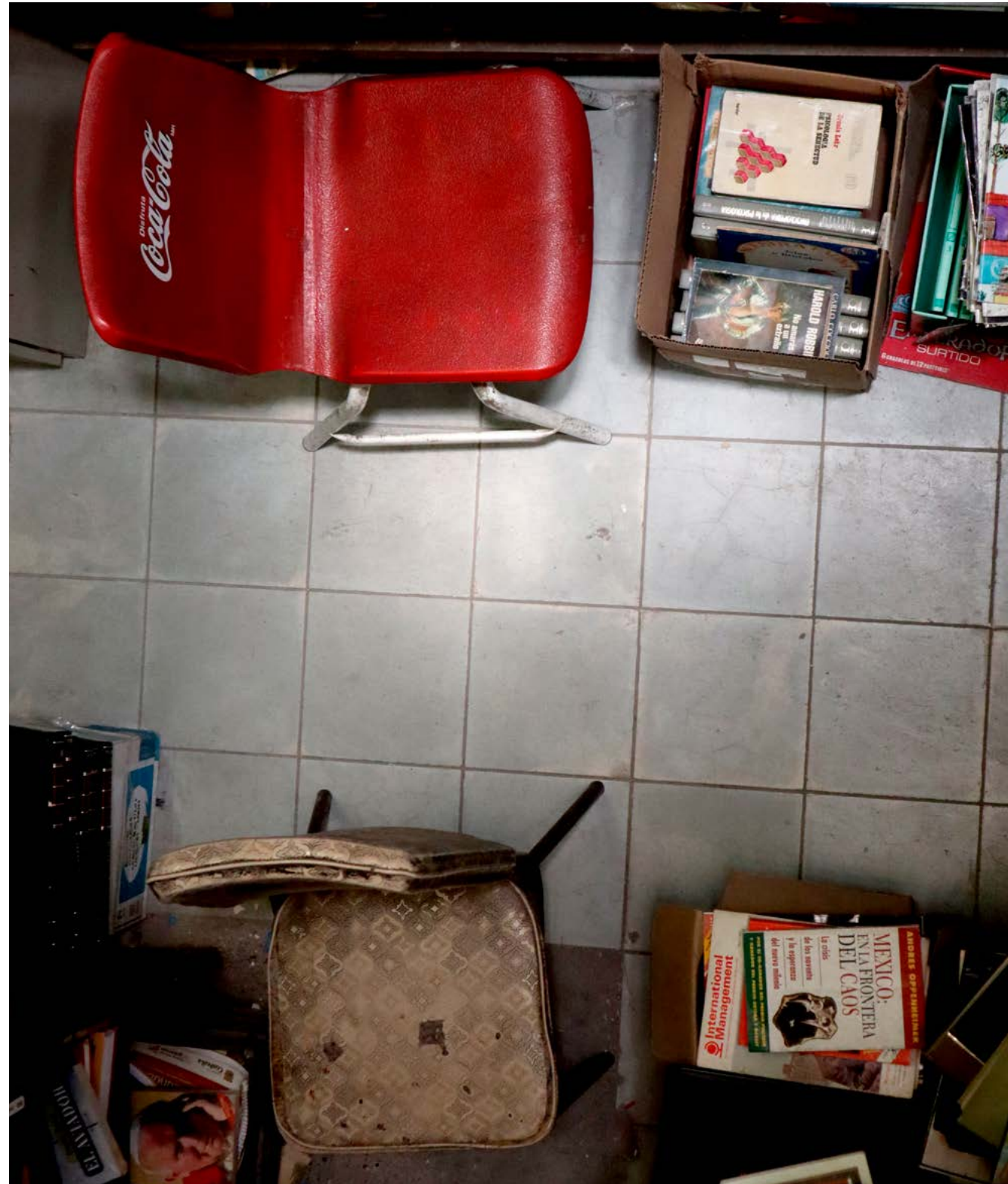
²¹ Mónica Ovalle Salas, *op. cit.*

²² Se encuentran en la web algunos anuncios actuales de la empresa Mosaicos Rivero, S.A de C.V, sin embargo, los teléfonos no corresponden a este lugar. Sin embargo, se encontró un reporte anual de Banregio, del año 2016, donde se menciona que Jaime Alberto Rivero Santos “...es presidente del Consejo de Administración de Mosaicos Rivero, S.A., y es miembro activo o consejero de diversas, empresas, asociaciones industriales, educativas fundaciones y organizaciones filantrópicas”. https://www.bmv.com.mx/docs-pub/infoanua/infoanua_767013_2016_1.pdf.

La investigación fue exploratoria con diseño mixto en dos etapas: la primera, de corte cuantitativo, para conocer el perfil valoral de los profesores de licenciatura a través de la aplicación de la encuesta de

valores de Schwartz. En la segunda etapa, de tipo cualitativo, se seleccionó a un grupo de profesores de acuerdo con su perfil en la encuesta de valores y se entrevistó a 49 docentes para analizar sus experiencias

y concepciones de compromiso social. Finalmente, se elaboró un trabajo de conjunción de las dos etapas para caracterizar las nociones y experiencias de compromiso social de los profesores.



Gesta sanitaria

Laura Elena Parra López

No puedo imaginar que en los anales de la historia se encuentre un ejemplo de filantropía más noble que éste.

EDWARD ANTHONY JENNER

De acuerdo con la Organización Mundial de la Salud (OMS) una vacuna es “cualquier preparación destinada a generar inmunidad contra una enfermedad estimulando la producción de anticuerpos. Puede tratarse, por ejemplo, de una suspensión de microorganismos muertos o atenuados, o de productos o derivados de microorganismos. El método más habitual para administrar las vacunas es la inyección, aunque algunas se administran con un vaporizador nasal u oral”.

El término vacuna fue empleado por primera vez por el médico inglés Edward Anthony Jenner (1749-1823), considerado el padre de la inmunología. Él descubrió, en 1796 —después de 28 años de investigación— un procedimiento para prevenir el contagio contra la viruela. El método consistía en inocular al ser humano con el virus que obtuvo de la supuración de las pústulas que aparecían en las ubres de las vacas. Si era aplicada correctamente, la enfermedad se volvía benigna y la persona quedaba inmune de por vida. Sin embargo, hubo quien, por avaricia y fama, comercializó o utilizó la vacuna con un procedimiento inadecuado y en esas ocasiones no fue posible salvar la vida de las personas o sus estragos.

Después de esta primera vacuna se buscó, sin mucho éxito, encontrar la cura para otras enfermedades a través del mismo método; pasaron muchos años antes de Louis Pasteur descubriera algo similar a lo experimentado por Jenner. En 1881, Pasteur, para reconocer la labor del doctor Jenner, propuso que este tipo de procedimientos debían llevar el nombre de vacuna y vacunación.

Los historiadores consideran que los orígenes de la viruela se remontan al año diez mil antes de Cristo y se propagó por todo el mundo. El virus *Vírola* llegó a América con los primeros tripulantes de los barcos de Colón, luego, las epidemias jugaron un papel importante en la conquista.

La viruela mermó a la población y ha sido uno de los virus más contagiosos y mortales que han azotado a la humanidad; sólo en el siglo XX se

Laura Elena Parra López

Torreón, Coahuila, 1962. Licenciada en Ciencias de la Educación por la Universidad Autónoma del Noreste. Realizó estudios de Maestría en Desarrollo Humano con especialidad en orientación por la Universidad Iberoamericana Santa Fe, estudios en Psicoterapia Corporal por Mar Abierto Centro Terapéutico y Consultoría Empresarial y en Gestión sociocultural por la Ibero Torreón. Colabora en la Universidad Iberoamericana Torreón desde 1990 en donde se ha desempeñado en varios cargos. Fue coordinadora del Diplomado Básico de Formación Docente de 2000 a 2004 y Coordinó el Diplomado en Docencia Universitaria Humanista de 2002 a 2004. A partir de 1997 y hasta el 2005 fue Coordinadora del Centro de Desarrollo Educativo y Procesos Docentes y de 2005 a 2011 se desempeñó como Coordinadora de la Licenciatura en Educación. Ha sido catedrática en varias universidades de la región desde 1984 a la fecha tanto en Torreón como en diferentes estados del norte del país. Actualmente es coordinadora de la licenciatura en Educación y práctica Docente.

laura.parra@iberotorreon.edu.mx

calcula que murieron más de trescientos millones de personas a causa de esta enfermedad.

Después del descubrimiento de Jenner, la vacuna se popularizó, sin embargo, fue difícil que se aceptara. Algunas comunidades la esperaban con ansia y en otras la veían como algo peor que la enfermedad; no ayudaron las amenazas de algunos religiosos que condenaban el uso de sustancias extraídas de animales para ser utilizadas en seres humanos, la ignorancia, la corrupción y el mal uso que se hacía de este procedimiento hizo que se dividieran las opiniones y que fuera difícil su implementación.

En el libro *A flor de piel* (Seix Barral, México, 2015, 489 pp.), Javier Moro, premio planeta 2011, narra la historia de la Real expedición Filantrópica de la Vacuna realizada por el doctor Francisco Xavier Balmis, su ayudante Josep Salvany, dos médicos más, seis practicantes, veintidós niños huérfanos e Isabel Zandal (rectora de la Casa de Expósitos de La Coruña y encargada de cuidarlos) que cruzaron el Atlántico para llevar a América la vacuna contra la viruela, esta expedición, financiada por el rey Carlos IV, zarpó en la corbeta María Pita el 30 de noviembre de 1803 desde el puerto de La Coruña.

Para transportar la vacuna se utilizaban hilos, “—Estos hilos están impregnados de material purulento de una vaca, ¿no es así, doctor? —Sí, venían con el informe de Jenner. Si se inocular en el ser humano, se evita el contagio... La idea que me he permitido sugerir a Vuestra Majestad es la de organizar una expedición para llevar estos hilos a nuestros territorios de Ultramar, y generalizar allí el uso de la vacuna”. Esos hilos se mantenían entre vidrios. El problema era que, en muchos casos, al paso del tiempo

el virus iba perdiendo su efecto. Por ese motivo el doctor Balmis propuso llevar a niños a los que se iría vacunando uno a uno durante la travesía para preservar el virus vivo y conservar su potencia. Como no era fácil que los padres de familia dejaran que sus hijos participaran en esa travesía, el doctor Balmis sugirió conseguir niños huérfanos.

El libro es ameno, de fácil lectura y cuenta con una buena bibliografía que permitió documentar este hecho escondido entre las páginas de la historia. Muchos testimonios se perdieron con el tiempo, pero a través de la investigación se pudo reconstruir este hecho considerado como la mayor proeza humanitaria de la historia. Este grupo de personas sobrevivieron al clima, a los naufragios, a la corrupción, a la codicia de funcionarios públicos, a la oposición y a las amenazas de una parte de la iglesia. Por lo que Javier Moro señala que es lamentable que “Fue la mayor gesta sanitaria de la historia y acabó en el olvido”.

La protagonista del libro es Isabel Zandal, quien en 1950 fue reconocida por la OMS como la primera enfermera de la historia en misión internacional.

El doctor Balmis, en uno de sus informes de 1806, dejó constancia de la actitud y dedicación de Isabel Zandal (a pesar no ser alguien afecto a dedicar elogios); señala que “La miserable Rectora que con el excesivo trabajo y rigor de los diferentes climas que hemos recorrido, perdió enteramente su salud, infatigable noche y día ha derramado todas las ternuras de la más sensible Madre sobre los 26 angelitos que tiene a su cuidado, del mismo modo que lo hizo desde La Coruña y en todos los viajes y los ha asistido enteramente en sus continuadas enfermedades”.

En torno al nombre real de esta mu-

jer, las fuentes afirman que es Isabel, también hay una gran coincidencia con el segundo apellido que es Gómez; sin embargo, no sucede lo mismo con el primer apellido que por más de doscientos años permaneció en duda. A lo largo del tiempo se manejaron distintos apellidos entre los que se encuentran Sendala, Zendala, Sandalla, Cendala, Cendalla. Esto se debió, por un lado, a la falta de suficientes documentos que hablaran acerca de ella y, por otro, debido a que el doctor Balmis en varios de sus escritos la mencionó con diferentes apellidos como los mencionados con anterioridad, lo que contribuyó a crear confusión.

Los historiadores investigaron por mucho tiempo este dato sin tener avances hasta que Antonio López Mariño encontró un documento de 1781 del Obispado de Santiago, en donde están registrados como confirmados doscientos habitantes de Santa María de Parada, municipio de Ordes, provincia de La Coruña, Galicia, pequeña aldea en la que están registrados los familiares de Isabel Zandal Gómez. El 28 de abril de 2013, López Mariño publicó un reportaje en el periódico *La Opinión de la Coruña*, titulado “La rectora Isabel, al descubierto”, en el que afirmó que había resuelto el enigma de la rectora Isabel. Por este trabajo fue galardonado en 2014 con el Premio Prismas a la divulgación científica, como mejor artículo periodístico. También recibió en 2015 el Premio de Periodismo Xosé Aurelio Carracedo 2015 por su publicación *La madre de todas las vacunas*.

Se han escrito varios libros, un comic y una película en la que se relata esta odisea; entre ellos se encuentran *Los niños de la viruela: La expedición Balmis* (Anaya, 2017, 224 pp.), escrito por de la periodista y escritora María Solar quien



señala que “Se llamaba Isabel Zandal, y era de la aldea de Ordes, cerca de La Coruña. Tenemos una gran deuda histórica con ella que no estamos corrigiendo”. El comic *Nuevo Mundo. Isabel Zandal en la expedición de la vacuna* realizado por El Primo Ramón (Bululú, 2018, 56 pp.); *Los hijos del cielo* de Luis Miguel Ariza (Martínez Roca, 2010, 544 pp.); *Isabel Zandal Gómez, en los archivos de Galicia* de Antonio López Mariño (Servicio de publicaciones del parlamento de Galicia, 2018, 163 pp.) y la película *22 ángeles*, dirigida por Miguel Bardem y

escrita por Alicia Luna, que se produjo en 2016.

El 9 de diciembre de 1979 la OMS confirmó que la enfermedad de la viruela, que padecieron millones de personas durante miles de años, había sido erradicada del planeta y el 8 de mayo de 1980 la Asamblea Mundial de la salud lo declaró oficialmente. Está considerada como la primera enfermedad contagiosa que el hombre ha podido vencer, y como el mayor logro en la historia de la medicina. Después de ella otras vacunas han sido descubiertas.

En México, lugar en donde falleció Isabel Zandal, existe la Escuela de enfermería Isabel Cendala y Gómez en honor de la enfermera. Además, desde el 13 de enero de 1975 (de acuerdo a lo publicado en el *Diario Oficial de la Federación*) se otorga—cada año en el día mundial de la salud—, el Premio al mérito Enfermera Isabel Cendala y Gómez a quien se destaca profesionalmente en la actividad de la enfermería. Este premio, que concede nuestro país, también honra la labor de Isabel Zandal y consiste en una medalla, un diploma y un estímulo en efectivo.

Árboles ayer, bosques hoy

Jaime Muñoz Vargas



El primero de diciembre de 2020 se inauguró en Madrid el Hospital de emergencias enfermera Isabel Zendal —para reconocer el importante papel que desempeñó Zendal en el combate de la viruela—; también es conocido como Hospital de pandemias. Esta clínica pública se construyó en cien días dada la situación provocada por la pandemia, y lamentablemente a un mes de su inauguración ya estaba envuelto en una gran polémica debido a que las autoridades médicas enviaron, de manera forzada, a personal de salud a laborar en dicho hospital, separándolo de los hospitales en donde trabajaban, además de la denuncia de otras anomalías.

En resumen, la Real expedición Filantrópica de la Vacuna fue una proeza histórica que vale la pena conocer y valorar, y un buen inicio es a través de *A flor de piel*, la novela de Javier Moro, a quien también pueden

escuchar en algunas entrevistas que resultan muy interesantes y que amplían el conocimiento acerca de esta gesta heroica y de su protagonista: Isabel Zendal Gómez.

REFERENCIAS

López Mariño, Antonio (2018). *Isabel Zendal Gómez. En los archivos de Galicia*. Departamento de Galicia, 2018.

López Mariño, Antonio (2014). “La rectora Isabel, al descubierto”. Publicado en: <https://mujeresconciencia.com/2014/12/22/la-rectora-isabel-al-descubierto/>

López Mariño, Antonio. “La madre de todas las vacunas. Isabel Zendal y los hijos del torno”. Publicado en: <https://mujeresconciencia.com/2018/11/14/la-madre-de-todas-las-vacunas-isabel-zendal-y-los-hijos-del-torno/>

Moro, Javier. *A flor de piel*. Seix Barral, México, 2015, 489 pp.

Entrevista: Javier Moro desde “The Geographic Club- A flor de piel”. Publicado en línea en <https://youtu.be/Hlin3Vab1EQ>

Entrevista: “Javier Moro, autor de *A flor de piel*” 28-5-2015. Publicado en línea en <https://youtu.be/eTlzPhoX0wc>

Conferencia: “Isabel Zendal: la desconocida heroína de la expedición de la vacuna”. Publicado en línea en <https://youtu.be/vb1epPH0vew>

Coordinador Ruiz de Chávez, Manuel H. Temas selectos de ConBioética. “Dilemas bioéticos actuales y su impacto social” de Norberto Treviño García Manzo. México, 2016, página 127 publicado en línea en: http://www.conbioetica-mexico.salud.gob.mx/descargas/pdf/2016/TESE_DIG_Web.pdf

Jaime Muñoz Vargas

Gómez Palacio, Durango, 1964. Es escritor, maestro y editor. Radica en Torreón. Entre otros libros, ha publicado *El principio del terror*, *Juegos de amor y malquerencia*, *El augurio de la lumbre*, *Las manos del tahúr*, *Polvo somos*, *Ojos en la sombra*, *Leyenda Morgan* y *Parábola del moribundo*. Ha ganado los premios nacionales de Narrativa Joven (1989), de novela Jorge Ibargüengoitia (2001), de cuento de SLP (2005), de narrativa Gerardo Cornejo (2005) y de novela Rafael Ramírez Heredia (2009). Escribe la columna Ruta Norte para el periódico *Milenio Laguna*. Algunas de sus obras han sido motivo de estudios académicos, tesis y referencias, entre otras, de la Universidad de Misisipi y de Texas, en EU; de la de Utrecht, en Holanda; y de la de Valladolid, en España. Actualmente es maestro y coordinador editorial de la Ibero Torreón. rutanortelaguna@yahoo.com.mx

Hace veinte años, en 2001, Ediciones del Ermitaño, la Feria Internacional del Libro de Guadalajara y la compañía Adobe publicaron *El libro y las nuevas tecnologías. Los editores ante el nuevo milenio*, obra colectiva en la que un numeroso contingente de profesionales de la edición espigó planteos de cara al momento que se venía encima. Desde entonces a la fecha sigue viva la discusión sobre los cambios provocados por el universo de la comunicación digital, cambios fortuitos y en algunos casos imprevisibles. En 2001 se hablaba todavía, como novedad, del correo electrónico y de la superabundancia de información en la red, pero parecía que estábamos aún lejos del *smatrphone*, de Whatsapp y de las redes sociales como Facebook, Twitter, Instagram y Tik Tok. Era difícil anticiparlo, pero en el lustro que va de 2005 a 2010, y más recientemente en la década que abarca de 2010 a 2020, se han dado cambios mayúsculos en la forma de comunicarnos. Y más: de marzo de 2020 a marzo de 2021 acusamos, debido a la pandemia, un cambio radical en nuestra forma de interactuar, y descubrimos casi como revelación que en los quehaceres académicos e intelectuales era posible sobrevivir, nuevas tecnologías mediante, gracias al trabajo desde casa.

No voy a teorizar sobre la revolución digital ni nada que se le parezca; no tengo competencia para hacerlo y además hay mucho material en todos lados para seguir los hilos de ese debate. Lo único que haré será bordear algunas ideas que parten de mi experiencia de escritor, de editor y principalmente de lector, un lector radicado en la periferia cultural, en el centro-norte de México, específicamente en la Comarca Lagunera, región que, como sabemos, abarca dos porciones significativas de los estados de Coahuila y Durango, México.

Como mis coetáneos nacidos en los cincuenta y sesenta, llegué a la vida adulta pocos años antes de que comenzaran a zumbar en el ambiente las palabras Windows y Macintosh. Egresé de la carrera en 1986 y comencé a trabajar como escritor y periodista en un contexto donde sólo podíamos apoyarnos en soportes de papel. Escribía en máquinas de escribir mecánicas, llevaba personalmente mis cuartillas al diario o la revista, y veía publicados mis textos, con más pena que orgullo, en los medios concretos que tenía a mi alcance. En 1993 compré mi primera

computadora, una Macintosh Classic II. La usé cinco años sin conexión de internet, así que me sirvió sólo para escribir, no para hacer todo lo que hoy hacen las computadoras. En aquel momento, a mediados de los noventa, no era infrecuente que a los escritores se les preguntara qué preferían: si la máquina de escribir mecánica o la computadora. Algunos todavía, los verdaderos románticos, y no por mucho tiempo ya, seguían apegados a las Remington o a las Olivetti.

En 1998 compré otra computadora, una Alaska de caja blanca, y en ella contraté por primera vez internet y tuve mi primer correo electrónico. Durante dos décadas yo había obtenido información sólo en papeles, en libros, periódicos y revistas. Por mi trabajo sentía el imperativo de conseguir todo lo que fuera posible, acumular papel como un castor acumula madera. No había nacido en una familia con biblioteca, así que la fui armando desde cero. Cuando comencé a editar más o menos en serio,

en 1990, me convertí en adicto a las revistas y a los suplementos culturales. Semana tras semana, mes tras mes, compraba las siguientes publicaciones: las revistas *Plural* (1971), *Vuelta* (1976) y *Nexos* (1978), y los fines de semana varios periódicos de la capital para extraer de ellos los suplementos: *Unomásuno* (1977) por el suplemento *Sábado* (1977); *La Jornada* (1984) por *La Jornada Semanal* (1984); *Novedades* por *El Semanario*; *Excélsior* (1917) por *El Búho* (1985); *Reforma* (1993) por *El Ángel* (1993) y *El País* (1976) por *Babelia* (1991). Estos espacios, más los libros que conseguía básicamente en las tres o cuatro librerías de Torreón, constituyeron mis lecturas de aquellos años. Hoy, creo que los suplementos más llamativos son *Confabulario* de *El Universal* (1916) y *Laberinto* de *Milenio* (2000), pero sospecho que sin la influencia de los suplementos de hace veinte años.

Sin saberlo, fui uno de los últimos y asiduos consumidores de papeles de

ese tipo en un siglo en el que se vivió el *boom* de las revistas y los suplementos culturales encartados en los diarios. Poco a poco supe que estas publicaciones se convirtieron en obsesión de los artistas, sobre todo de los escritores y los intelectuales, pues, al margen del libro, los espacios periódicos servían para desahogar asuntos y preocupaciones coyunturales, posturas políticas o producción literaria en marcha. Por mencionar sólo algunos casos representativos en el orbe hispánico, uno de los modelos fue la *Revista de Occidente*, fundada en Madrid hacia 1923 por Ortega y Gasset. En 1931 nació *Sur*, de Buenos Aires, fundada por Silvina Ocampo. En La Habana, José Lezama Lima y José Rodríguez Feo fundaron *Orígenes* hacia 1944, y, en México, entre los veinte y treinta nacieron varias revistas importantes como *Contemporáneos*, de 1928, dirigida por el poeta Bernardo Ortiz de Montellano. Hay, claro, muchas revistas más, como la peruana *Amauta*, de José Carlos Mariátegui, fundada en 1926, y la



fiebre por tener un órgano de difusión no se diluyó durante todo el siglo XX. Esto se puede notar en la biografía sobre Paz escrita por Krauze, donde el historiador enfatiza que tener una revista fue una obsesión abrazada por el Nobel mexicano durante toda su vida (de alguna manera, pues, el fervor hemerográfico del siglo se puede medir en el arco vital de Paz: de 1914 a 1998). Aunque tarde y en el rango provinciano, La Laguna no estuvo ajena a este contexto, pues en el XX nacieron y desaparecieron las revistas *Cauce*, *Suma*, *Estepa del Nazas*, *La Paloma Azul*, los suplementos *Opinión Cultural*, *La Tolvanera*, entre otras publicaciones, cada una con una vida que friso los diez años.

Estas publicaciones servían hacia afuera para informar y entretener al lector, y hacia adentro como dispositivos editoriales para aglutinar grupos más o menos afines en sus inquietudes estéticas y políticas. Luego de varias apariciones, el lector podía notar un aire de familia en cada publicación, cierta sintonía espiritual o ideológica, incluso asomaba

en ellas alguna condición de secta con officantes algo sacralizados. Parecían muchas publicaciones, pero, como yo mismo lo experimenté durante casi veinte años, y aunque cada mes compraba tres revistas y cada semana me hacía de cinco o seis suplementos, no eran tantas, así que las iba leyendo poco a poco, durante la semana, de modo que vistas desde ahora me dan la impresión de que configuraban productos insumibles en una escala humana, material viable para ejercer en sus páginas una “lectura sosegada”, como la llama Álex Grijelmo.

Luego de este sucinto y algo aparatoso, aunque forzosamente incompleto, recorrido por las revistas y los suplementos, tengo hoy la impresión de que mucho ha cambiado. No digo que para mal; no digo, como el poeta, que todo tiempo pasado fue mejor, sólo consigno parte de lo que ha cambiado. El hecho de que hoy podamos acceder por la red a la revista digital de algún cuentista radicado en Huimanguillo, Tabasco, o a los contenidos de las revistas más prestigiadas en todos los países y de todos los idiomas,

ha reducido a casi nada el estatus del colaborador de revistas, a diluido la idea de grupo artístico compacto y nos ha llevado a pulverizar nuestros intereses en mil partículas editoriales. Digamos que ahora no tenemos revistas, sino enlaces a textos específicos que al multiplicarse por cantidades inhumanas, forzosamente torrenciales y fragmentarias, crean cierta *anhedonia* o falta de placer en el lector, de ahí que hoy padezcamos algo aproximado al síndrome del niño rico: tenemos todo, y como tenemos todo, nada nos exalta, nada nos entusiasma, nada nos sorprende.

Perdimos la visión de los árboles; hoy todo es bosque, infinito bosque, y en él tenemos que buscar la manera de volver a la sorpresa del hallazgo que nos seduce y nos obliga, como en los viejos tiempos, a leer con atención, sosegadamente.

Texto base para la conferencia homónima ofrecida vía Zoom el 19 de abril de 2021 en el Texas Tech University, Department of Classical and Modern Languages and Literatures.

1984: las visiones de la sospecha son las verdades de la realidad

Fernando Fabio Sánchez

Prólogo a la edición de 1984, novela de George Orwell en traducción de Isai Moreno, Mirlo Pocket, Ciudad de México, 2017.

Fernando Fabio Sánchez

Torreón, Coah., 1973. Es profesor de estudios literarios y cinematográficos en California Polytechnic State University. Obtuvo el Doctorado en Letras Latinoamericanas en the University of Colorado en Boulder. Su línea principal de investigación ha sido, hasta el momento, el concepto de modernidad y sus diferentes relaciones con la literatura, el nacionalismo, la violencia y la cultura visual en el México post-colonial. Ha publicado libros de poesía y narrativa, así como textos diversos de crítica y periodismo. En el 2010 publicó *Artful Assassins: Murder as a Art in Modern Mexico* (Vanderbilt University Press) y coeditó *La luz y la guerra: el cine de la Revolución Mexicana* (Conaculta, 2010). Prepara un estudio sobre la filmografía de Felipe Cazals y el documental *Desobediencia. Algo sobre la muerte, algo sobre la vida, antes del fin del mundo*. fernandofabiosanchez@gmail.com

Este libro que tienes en las manos, valiente lector, fue imaginado por un inglés que optó por el nombre de un rey y de un río. Nació en Motihari, India, el 25 de junio de 1903, bajo el destino de Eric Arthur Blair. George Orwell (por el río Orwell al sudeste de Inglaterra) es el pseudónimo que eligió al publicar *Sin blanca en París y en Londres* (*Down and Out of Paris and London*, 1933) para evitarle a sus padres la vergüenza de tener un hijo que escribía fuera del decoro literario del momento. Orwell se convertiría poco a poco en un escritor símbolo para lectores, gobernantes, escritores, activistas, ideólogos, inventores, revolucionarios y más. Su vida y su obra representan uno de los encuentros más brillantes entre el arte y la política. O, si deseamos verlo desde otro punto de vista, Orwell nos revela —una vez más— que todo arte es político. El éxito comercial le llegó al final de la guerra con su novela *Rebelión en la granja* (*Animal Farm*, 1945), una fábula sobre el poder en la cual analiza el surgimiento de la Revolución Rusa de 1917 y la era estalinista de la Unión Soviética. No obstante, Orwell había ido construyendo por décadas ese gran proyecto que vendría a desembocar en el año de 1949 con su novela *1984*.

En la primera parte de *El camino a Wigen Pier* (*The Road to Wigen Pier*, 1937), Orwell describe el ambiente de los trabajadores en la región norte de la Inglaterra industrializada, Lancashire y Yorkshire. Sus apreciaciones sobre el peso del capitalismo y la industrialización en el cuerpo y en la vida de los individuos van a ser la base de las características de los “proles”, el sótano humano del orbe tripartito de Oceanía, la región que habita Winston Smith, el protagonista de *1984*. Orwell también experimentó el fragor de la guerra. En 1936 viajó a Barcelona para pelear contra el fascismo. Un año más tarde fue herido en la garganta por la bala de un francotirador; la herida le iba a dejar problemas en el habla. Orwell escribiría después sus memorias de la batalla en *Homenaje a Cataluña* (*Homage to Catalonia*, 1938). Su oposición directa a una ideología totalitaria y el dolor físico —experiencias que luego reviviría en Londres al enfermarse y al resistirse a la entrada de su país en la Segunda Guerra, desconfiando asimismo de los aliados— preludian el espíritu crítico de Winston Smith. Para Orwell como para Smith no hay salvación posible.



Y es que Orwell conoció desde dentro las redes del poder. Trabajó como policía imperial en Birmania desde 1922 a 1927; aunque luego de enfermar, se retiró de esa vida para dedicarse a la literatura. Sus experiencias se encuentran contenidas en varios ensayos y en la novela *Los días de Birmania* (*Burmese Days*, 1934), cuyas páginas coinciden en ocasiones con las de *1984*. Durante la Segunda Guerra Mundial, trabajó para la BBC como redactor y supervisó emisiones culturales que se producían para la India. Su labor era contrarrestar la propaganda Nazi a lo largo del imperio. En ese periodo, Orwell aprendió el poder de la censura y el papel de ésta en la construcción de la realidad. El terrorífico “cuarto 101” de *1984* es una referencia directa a una sala de juntas de la BBC donde, de seguro, se reinventaba el pasado por medio de la modificación del presente.

De esta manera, aventurado lector, *1984* es una novela que da voz a una preocupación, tal como lo ha dicho Erich Fromm, el filósofo del amor. Y es

también una advertencia. Es por eso que ha llegado a transformar el mundo de la literatura y del hacer. Se ha insertado en nuestro imaginario colectivo, reinventándolo, tanto en Occidente como en Oriente. Como una muestra se halla *1Q84* (2009, 2010) de Haruki Murakami, cuyo título hace referencia a la novela de Orwell. Recordemos asimismo la alusión directa —para algunos arbitraria— de Steve Jobs, el creador de Apple, al lanzar la versión II de su computadora personal. El mundo, según Jobs, escapaba del monopolio de la tecnología en el año de 1984, al contraponerse Apple a IBM. Otro momento significativo es cuando la reina Elizabeth II de Inglaterra le obsequió a Felipe Calderón una copia de la primera edición de *1984* durante una visita oficial del presidente y de la primera dama mexicanos al palacio de Buckingham. El regalo fue inusual, pero emite, quisiéramos creer, una acusación velada a los procedimientos de aquel presidente en 2009.

La lista de ejemplos es muy larga. A *1984* le debemos el neologismo “El Gran

Hermano” y los conceptos “criminal” (el crimen del pensamiento) y “el doble pensar” (la capacidad de aceptar dos verdades contradictorias), entre otros; además de los ministerios que administran la realidad: los ministerios de La verdad, El amor, La abundancia y La paz. En pocas palabras, la novela de Orwell, publicada en 1949, no sólo ofrece una interpretación de la historia del mundo hasta el fin de la Segunda Guerra; es una visión de aquello que vendría tras el triunfo de Rusia y de los Estados Unidos, tanto en actitud militar como en imposición ideológica.

Por un lado, es esa vigilancia del Estado o los poderes corporativos sobre el individuo, cuya forma reproduce el panóptico de Jeremy Bentham. El sujeto, encuéntrese donde se encuentre, está bajo la mirada del poder, o siente que lo está y se autorregula. Y si no es así, otros sujetos lo hacen (los vecinos, los hijos) porque, como lo dice más tarde Louis Althusser, los individuos nos imaginamos con una identidad (y nos tranquilizamos) por medio de la ideología, es decir, por medio de la aceptación de la mirada del poder. Ese proceso que puede llevar a la coerción y la auto coerción es una de las advertencias más importantes de *1984*. Pero, creámoslo o no, esa vigilancia del Gran Hermano sería sólo instrumental, pues el último objetivo no es conseguir la sujeción de todos los individuos bajo su control, sino la alteración del sentido de realidad de todos ellos. De esa manera, aquél que se halle tras la máscara del Gran Hermano podría llegar a recomponer la llamada naturaleza humana y perpetuar la permanencia de un solo partido en el poder.

Esa es la advertencia más grave de *1984*. Si la realidad se construye en la

mente, la estructuración (o reestructuración) de ese espacio significa la posibilidad de poseer el mundo material. Si se elimina en el sujeto la capacidad o el deseo de aprender sobre el pasado, de experimentar su individualidad, siguiendo el impulso del instinto que, según Orwell (inspirado en el pensamiento de Ralph Waldo Emerson, entre otros), busca la libertad, la humanidad ha caído presa de un grupo que ha descubierto impunemente el método del poder absoluto. En 1984, esta transformación de la realidad humana ocurre bajo el control del Estado, pero —sobre todo— bajo la diseminación de un modo de desarrollo económico y de un deseo epistemológico impulsados por los Estados Unidos tras ganar la Segunda Guerra y una revolución en la década de 1960. Esa es la circunstancia de nosotros en el presente que, quizá sin darnos cuenta, coincide con la disposición novelesca de Orwell. Vivimos hoy, sin saberlo, en el mundo de 1984.

La novela presenta un escenario distinto al mundo inmediato de la posguerra. Los continentes se encuentran divididos en cuatro bloques: Oceanía (América, la parte sur de África, Madagascar, Australia, algunas islas del Pacífico y la Gran Bretaña), Eurasia (el resto de Europa, los territorios del Mediterráneo y la antigua Unión Soviética), Asia Oriental (China, Japón, Mongolia y Tíbet), y los territorios disputados que comprenden la África central y del norte, Medio oriente, el sur de la India, el sudeste asiático e Indonesia. Estas divisiones son cambiantes, ya que las superpotencias se hayan inmersas en una guerra en la que avanzan y retroceden, pero que no llegan a ganar ni a perder.

En esta realidad ya ha ocurrido lo más terrible. En los 60 se desata una re-

volución y decenas de bombas atómicas son detonadas. Londres ha sobrevivido. En esa ciudad conocemos a Winston Smith, un día del año 1984 a las 13 horas. En ese mundo de Winston, no existe ya la ciencia, la tradición, el arte, la filosofía, la religión. Todo está controlado por un partido, el INGSOC, que por sus siglas en inglés significa *English Socialism*. La sociedad está compuesta por tres clases: los miembros del partido (el 2% de la población); los que no pertenecen al partido pero que realizan trabajos de administración (formada principalmente por los 4 ministerios mencionados); y los proles, sin educación, sumidos en la pobreza, que llegan a sumar hasta el 85% de los habitantes.

Esta visión del mundo pertenece a lo que Fromm identifica como una “utopía negativa”. Las utopías describían el mundo tal como los seres humanos en Occidente pensaban que debía ser,

basados en la esperanza del mesías. La renacentista *Utopía* (1516) de Tomás Moro y, luego, la herética *Ciudad del sol* (1602) de Tomás Campanella y, más tarde, la rosacrucina *Christianopolis* (1619) de Johann Valentin Andreae se encuentran entre las primeras manifestaciones literarias de ese sentido positivo y totalizador. En el siglo XIX, ya tras la influencia de la Ilustración, este impulso se halla en el pensamiento vitalista de Walt Whitman, Henry David Thoreau y Emerson, entre otros, quienes enfatizan la libertad del individuo ante el mundo social y elaboran sobre el vínculo “salvaje” con la naturaleza.

En el siglo XX este sentido de libertad y de conservación de los instintos se manifiesta en una serie de obras que, a diferencia de las utopías, imagina mundos “que no deben ser”. En *Nosotros* (*Мы*, 1924) del ruso Yevgueni Zamiatin y en *Un mundo feliz* (*A*

Brave New World, 1932) del británico Aldous Huxley, la libertad y la llamada naturaleza humana son controladas y al fin alteradas por Estados totalitarios que utilizan la tecnología como instrumento de dominación. Estas obras, a las que se une 1984, son llamadas también “distopías”. Reflexionan sobre el surgimiento de las ideologías y regímenes totalizadores que llevarían al enfrentamiento de la Segunda Guerra Mundial, pero —así como lo hemos visto— también sobre sus secuelas. No es una casualidad que a partir de 1945 hay un boom de este tipo de fábulas, que también encuentran su origen, podríamos agregar, en *El proceso* (1925) de Franz Kafka y *El corazón de las tinieblas* (*Heart of Darkness*, 1899) y *El agente secreto* (*The Secret Agent*, 1907) —para citar algunas— de Joseph Conrad.

Una distopía, aunque por lo general ubicada en el futuro, puede reflexionar sobre la sociedad del escritor. Llama la atención sobre temas existentes o en potencia. Algunas describen regímenes existentes. Son urbanas por lo general; hablan de catástrofes ambientales, presentan la tecnología como una vía de deshumanización, narran el cataclismo de la sociedad, cuyo orden —quizá paradójicamente— es altamente ordenado. En esa sociedad estratificada, la movilidad social ha desaparecido. Presentan nuevos lenguajes, pues —como en el caso de 1984 con la “neolengua”— las palabras son el medio para crear una nueva realidad. Posteriores a la obra de Orwell, podríamos enlistar las novelas *Fahrenheit 451* (1953) de Ray Bradbury, *El señor de las moscas* (*Lord of the Flies*, 1954) de William Golding, *El informe de la minoría* (*The Minority Report*, 1956) Phillip K. Dick, *La naranja mecánica* (*A Clockwork Orange*, 1962) de Anthony

Burgess, *Rascacielos* (*High Rise*, 1975) de JG Ballard, *Los hijos del hombre* (*The Children of Men*, 1992) de P.D. James, entre otras.

En América Latina en la década de 1940 encontramos algunas propuestas que tocan las preocupaciones de 1984. Por ejemplo, *La invención de Morel* (1940) de Bioy Casares presenta el ambiente cerrado de una isla, el cual ha sido duplicado como un holograma por una máquina; en ese mismo año, Jorge Luis Borges publica “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius” en la revista *Sur*. En el cuento, un texto ficcional invade el mundo hasta suplantarlos, de la misma manera que las ideologías totalitarias —una fantasía, un relato— invaden la realidad hasta sustituirla. Posteriormente, siguiendo *El señor presidente* (1946) de Miguel Ángel Asturias (que a su vez continúa una tradición decimonónica), Augusto Roa Bastos escribirá *Yo el supremo* (1974), Alejo Carpentier, *El recurso del método* (1974), Gabriel García Márquez, *El otoño del patriarca* (1975), y Mario Vargas Llosa, *La fiesta del chivo* (2000). Estas novelas, sin ser estrictamente distopías, examinan el hacer de regímenes totalitarios y la manera en que éstos entienden y ejercen el poder. En México tenemos los análisis de la sociedad y del gobierno mexicanos de Carlos Fuentes en *Cristóbal nonato* (1987) y *La silla del águila* (2003). Nos sorprenderá descubrir que estos cuadros distópicos —advertencias que nos ofrece el genio de Fuentes— coinciden con la realidad actual de nuestro país.

Pero antes de entrar en México, regresemos a 1984. Orwell empezó a escribir la novela en la isla de Jura, Escocia, en 1946, durante uno de los inviernos más fríos del siglo hasta ese momento. Lo acompañaba su hijo adop-

tivo, de dos años, quien luego diría que aquel hombre delgado, taciturno, que algunos definieron como un caballero, aunque sin mucho atractivo físico; afectado por la tuberculosis, no obstante, fumador; contemporáneo de Borges, Graham Greene y John Steinbeck, entre otros, había sido un excelente padre. Orwell había enviudado en 1945, tras un matrimonio de diez años con Eileen O’Shaughnessy. La soledad, la mala salud y el éxito comercial de *Rebelión en la granja* alentaban sus visiones en ese encuentro con los demonios que él mismo identificó en su ensayo biográfico “Por qué escribo” (“Why I Write”, 1953): “Escribir un libro es una lucha horrible, exhaustiva, semejante al prolongado padecimiento de una dolorosa enfermedad. No se debiera emprender jamás una tarea así si no se siente estar dominado por un demonio al que no es posible resistir ni comprender”. Orwell iba a morir en enero de 1950.

Como lectores, es posible entender la lucidez de Orwell en aquella mesa de trabajo en la isla soledosa, rodeado de gris y de humedad, porque es la misma experiencia que colocó en su personaje. Winston Smith también está escribiendo un libro, un diario para ser más preciso. Se acerca a los 40 años; se halla solo en un mundo del cual no se siente parte. Piensa que cada una de las páginas en las que vierte su reflexión y, más que nada, su sentido de realidad, será un testimonio para las generaciones postreras, porque Smith, como Orwell, cree que algún día la humanidad saldrá de las tinieblas.

A ese viaje de un sujeto que se define a sí mismo como un disidente ideológico pero que, por razones que no puede controlar, tiene que cumplir con sus obligaciones, se debe también la permanencia de 1984. Nosotros, como



666
Poniente

Borges y las traducciones

Gerardo García Muñoz

Las publicaciones sobre Jorge Luis Borges siguen acumulándose sin parar. Pocos escritores han sido tan estudiados como el ilustre autor argentino. La marea crítica sobre su obra forma un gigantesco Aleph que, desde múltiples ángulos, trata de desentrañar los misterios escondidos en sus textos. Baste un ejemplo. La prestigiosa revista *Variaciones Borges* (editada por la Universidad de Pittsburgh) durante un cuarto de siglo se ha dedicado al estudio exclusivo del artífice de *Ficciones* mediante sesudos exámenes de especialistas de todo el orbe, e incluye una sección de reseñas de libros de crítica centrados en el universo borgeano. El número de artículos especializados suma varias centenas, y el inventario de volúmenes es asimismo considerable. Su público lector es el profesor universitario, quien debe leer numerosos artículos con el fin de contribuir a la iluminación de alguna arista oculta. Hay otro tipo de libros dirigidos a una audiencia más amplia, como *Medio siglo con Borges* (2020) de Mario Vargas Llosa, un volumen breve en el que el laureado novelista peruano confiesa su admiración hacia el escritor argentino a través de entrevistas, artículos periodísticos, conferencias, o sea, no es un texto para eruditos. Otro libro menos conocido en México es *Borges y los clásicos* (2016) del escritor argentino Carlos Gamerro, dueño de una copiosa obra narrativa, en la que sobresalen las novelas *Las islas* (1998), una fabulación sobre la guerra de las Malvinas; *El sueño del señor juez* (2005), narración de estirpe fantástica; *La aventura de los bustos de Eva* (2006), un acercamiento ficcional a la figura mítica de Eva Perón. Carlos Gamerro también ha incursionado en el ensayo: *Harold Bloom y el canon literario* (2003), *Ficciones barrocas* (2010), *Ulises. Claves de lectura* (2015), libros que atestiguan su inclinación por el estudio de los escritores prestigiosos. En ese mapa se ubica el volumen motivo de esta reseña.

Borges y los clásicos inicia con una polémica afirmación. Tal vez Borges no sea el escritor más grande del siglo pasado, categoría en la que se hallan Kafka, Joyce y Proust, pero sí fue el lector más agudo. Para Gamerro, la labor lectora de Borges inmersa en sus cuentos, ensayos y poemas ha transformado la forma en que el público lector se enfrenta a cuatro autores clásicos: Homero, Dante, Shakespeare y Cervantes.

Gerardo García Muñoz

Torreón, Coah., 1959. Ha publicado libros y artículos sobre Adolfo Bioy Casares, Augusto Roa Bastos, Julio Ramón Ribeyro (Ibero Torreón, 2003), Salvador Elizondo y Guillermo Samperio. Su libro *El enigma y la conspiración: del cuarto cerrado al laberinto neopoliciaco* (Universidad Autónoma de Coahuila, 2010) explora la ficción policiaca en México. Editó junto con Fernando Fabio Sánchez el volumen de ensayos *La luz y la guerra: el cine de la Revolución Mexicana* (Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2010), que analiza desde diferentes ángulos críticos la representación cinematográfica del movimiento armado. Fue maestro de la Ibero Torreón y actualmente da clases en la Prairie View A&M University (Texas). marcial.fingueret@gmail.com

Winston —como Orwell— vivimos en una sociedad que gobierna un estado-nación. Algunos despiertan de su letargo cuando sienten la muerte, el agotamiento o la injusticia; mas deben continuar con el tren de la cotidianidad porque no hay otra opción. Ellos, nosotros, nos encontramos atrapados dentro de un sistema económico, de conocimiento, de prestigio público, burocrático y tecnológico.

En el caso de México, nuestra economía se convirtió en un satélite de la matriz estadounidense, cuando el régimen coordinó desde 1940 los supuestos objetivos de la revolución de 1910 con el desarrollismo del Milagro Mexicano. Más tarde, a partir de los 80, las políticas neoliberales reacomodaron el legado revolucionario para crear una economía de mercado y de servicios. Varias crisis golpearon la estabilidad del país, e inclusive el partido de derecha gobernó por dos sexenios. México permanece en pie, pero las reformas energética, educativa y hacendaria realizadas luego de 2012 por el partido que se adueñó de la revolución ha provocado el surgimiento de una realidad en la cual la cohesión social se está desintegrando. La clase alta acumula fortunas enormes; la clase media apenas sobrevive; y la clase baja es cada vez más numerosa.

En esta sociedad, el ciudadano común tiene muy pocas oportunidades de intervenir en las decisiones gubernamentales. Las leyes se producen en la élite para el beneficio de selectos grupos. Las reformas, impuestas demagógicamente, exponen los recursos naturales y a la población misma a la explotación extranjera; los grupos que podrían ser generadores del cambio, como los maestros, son acosados y se les amenaza con una extensa red de exámenes burocráticas. Los

periodistas tampoco pueden realizar su trabajo porque la muerte les espera. La democracia es un instrumento de dominación. La clase baja, que suma casi la mitad de la población, sufraga religiosamente a favor del partido en el poder a cambio de unas cuantas monedas y de algunos bienes momentáneos. A la clase media se le controla por medio del crimen, ya sea corporativo o a menor escala, realizado por criminales identificados o por los cuerpos policiales y militares.

De manera que tú, afortunado lector, estás a punto de leer una de las novelas que exploran imaginariamente tu experiencia. Habrá preguntas que surgirán en tu mente. ¿Qué es la realidad? ¿Qué influencia real tiene el Estado en tu vida y en la vida de los que te rodean? ¿Se puede experimentar el amor? ¿Qué valor tiene la verdad? ¿Puede ser ésta un instrumento de control del Estado? ¿De qué está hecha el alma humana, la individualidad, la libertad? Quizá encuentres las respuestas a lo largo de estas páginas y en el espacio de tu reflexión privada. Te deseo un buen viaje y nos veremos, posiblemente, del otro lado.

BIBLIOGRAFÍA SELECTA DE CONSULTA

Baccolini, Raffaella y Tom Moylan Jane Donawerth, eds. *Dark Horizons: Science Fiction and the Dystopian Imagination*. Nueva York: Routledge, 2003.

Booker, M. Keith, ed. *Dystopia*. Ipswich, Massachusetts: Salem Press, 2013.

Bounds, Philip. *Orwell and Marxism: The Political and Cultural Thinking of George Orwell*. New York: I.B. Tauris, 2009.

Bowker, Gordon. *George Orwell*. Londres, Little Brown, 2003.

Caute, David. *Dr. Orwell and Mr. Blair: A Novel*. Phoenix Books, 1995.

Colls, Robert. *George Orwell: English Rebel*. Oxford, Oxford UP, 2013.

Crick, Bernard. *George Orwell: A Life*. Boston, Little Brown, 1980.

Flynn, Nigel. *George Orwell*. Vero Beach, The Rourke Corporation, Inc, 1990.

Fromm, Erich. "Afterword". 1984 por George Orwell. Nueva York, Signet Classics, 1977. 313-326.

Hollis, Christopher. *A Study of George Orwell: The Man and His Works*. Chicago: Henry Regnery Co. 1956.

Lee, Robert A. *Orwell's Fiction*. Notre Dame: University of Notre Dame UP, 1969.

Leif, Ruth Ann. *Homage to Oceania. The Prophetic Vision of George Orwell*. Columbus, Ohio State UP, 1969.

Meyers, Jeffery. *Orwell: Wintry Conscience of a Generation*. Nueva York, W.W.Norton, 2000.

Orwell, George. *Diaries*. Peter Davison ed. Nueva York, Liveright Publishing Corporation, 2013.

———. *George Orwell. A Collection of Essays*. Nueva York, Harcourt, 1981.

———. *George Orwell: A Life in Letters*. Peter Davison, selección y notas. Nueva York, Liverigh Publishing Corporation, 2013.

Rabkin, Eric S., Martin H. Greenberg y Joseph D. Olander, eds. *No Place Else: Explorations in Utopian and Dystopian Fiction*. Carbondale: Southern Illinois University Press, 1983.

Shelden, Michael. *Orwell: The Authorized Biography*. Nueva York, HarperCollins, 1991.

Stansky, Peter; Abrahams, William. The Unknown Orwell: *Orwell, The transformation*. Stanford, California: Stanford University Press. 1994.

Taylor, D. J. *Orwell: The Life*. Nueva York, Henry Holt and Company, 2003.

"The Real Room 101". Londres, BBC. 2003.

No solamente ha influido en la manera en que los hispanohablantes recorren las páginas de *La Odisea*, *La divina comedia*, *Macbeth* y las aventuras del Quijote. Los *Nueve ensayos dantescos*, por ejemplo, han modificado la visión italiana de interpretar la máxima obra de su tradición literaria, como lo reconoció Italo Calvino en *Por qué leer a los clásicos*. La audacia de Borges consistió en la lectura de autores marginales (Stevenson, Chesterton), lo cual contribuyó a una revaloración de ellos en Inglaterra. Gamarro recurre al controversial crítico estadounidense Harold Bloom para establecer las características del canon literario: “son los libros que todo lector culto debería leer en el transcurso de su vida”. Pero resulta que la vida humana es corta, y el canon crece incesantemente. Gamarro emplea esta imagen usada por el académico recientemente fallecido para ilustrar el incierto tránsito de la trascendencia literaria: “Bloom imagina el canon como un barco en el cual los libros viajan hacia la inmortalidad; como el tamaño de ese barco es limitado, a medida que se agregan libros nuevos, clásicos modernos, otros deben ser arrojados por la borda”. ¿Cuáles son los textos expulsados en esa metáfora náutica? Gamarro nombra el *Orlando furioso* de Ariosto, mientras que los poemas de Homero y Virgilio persisten en su periplo a la gloria sin orillas. La gran pregunta es ¿Quién construye el canon? Gamarro responde a esta pregunta apoyándose en una afirmación articulada por Bloom en su libro *La angustia de las influencias*: no son los profesores (como lo era el propio Bloom), ni los críticos, ni tampoco los lectores, sino los “escritores decisivos del presente” durante su proceso creativo, en otras palabras, mientras escriben. Obviamente no todos

los escritores del presente son decisivos, rubro en el que se insertan unos cuantos. Uno de ellos es Borges.

Borges dominaba a la perfección el inglés, pues lo aprendió a temprana edad de su abuela británica. Además, sus estudios europeos le permitieron el aprendizaje del francés en Suiza; y, según lo dice en alguno de sus textos, se enseñó a sí mismo el alemán. Es fama que leyó *La divina comedia* en su lengua original mientras recorría en tranvía las calles de Buenos Aires. Gamarro examina la relectura emprendida por Borges en “Las versiones homéricas”, en el cual se discute la continua transformación de los poemas épicos *la Iliada* y *la Odisea* efectuada en la operación de la lectura, esto es, en la convergencia entre el libro y el lector. Las interpretaciones realizadas por el lector no sólo dependen de las distintas épocas en que releyó *la Iliada* y *la Odisea*, sino al desconocimiento del griego antiguo, carencia compartida por Borges. La experiencia de la lectura del *Quijote* en su lengua original le transmite a Borges el sentido de que cada palabra es necesaria, inmutable, y que le parece inconcebible cualquier alteración, casi un sacrilegio. Sin embargo, desde la perspectiva de Cervantes la versión que todos leemos en español es contingente. Dice Gamarro: “le salió de esa manera, podría haberle salido de otra”. Para Borges, la lectura en traducciones no es empobrecedora. Al contrario. Debido a su ignorancia del griego antiguo, *la Odisea* “es una librería internacional de obras en prosa y verso, desde los pareados de Chapman hasta la *Authorized Version* de Andrew Lang o el drama clásico francés de Bérard o la saga vigorosa de Morris o la irónica novela burguesa”. El fetiche intelectual de leer en traducciones se desvanece

ante las afirmaciones de Borges. ¿Cuáles escritores han sido capaces de leer textos escritos en todas las lenguas? ¿Quién es el portento que leyó el poema de *Gilgamesh* en sumerio, la *Poética* de Aristóteles en griego antiguo, los escritos morales de Séneca en latín, los sonetos de Shakespeare en inglés isabelino, *Gargantúa y Pantagruel* de Rabelais en francés renacentista, el Fausto de Goethe en alemán, las obras teatrales de Ibsen en noruego, los cuentos de Chejov en ruso, los poemas de Pessoa en portugués? En México, el único que tal vez pudo alcanzar esa proeza fue Ernesto de la Peña, un hombre de un vasto conocimiento de las lenguas antiguas y modernas. Pero el resto de los mortales nos hemos acercado a la literatura en traducciones. Gamarro asevera: “la literatura, al menos la buena, dura más que las lenguas, y siglo más siglo menos, el inglés, el francés y ‘el mero español’ serán algún día lenguas tan muertas como el latín y el griego antiguo, leídas por un solo puñado de especialistas de las universidades”. El ensayista argentino ejemplifica esta metamorfosis con *Los cuentos de Canterbury* de Chaucer, totalmente incomprensible para un contemporáneo nativo hablante del inglés. Yo he visto esas ediciones “bilingües” en las librerías de Estados Unidos no solo de Chaucer, sino también de las obras de Shakespeare en una colección denominada “No Fear”, o sea, invitan al lector actual a que no se intimide ante los retorcimientos verbales y el vocabulario en desuso en las que ambos autores cincelaron sus mundos imaginarios. Algo similar pasó con el español medieval. Cuando estudié la maestría tuve que leer *El conde Lucanor* de Don Juan Manuel también en una edición “bilingüe”, digerible para los lectores modernos.



La versión original era muy dificultosa, por no decir inextricable. ¿Qué le pasaría a Don Juan Manuel si resucitara en esta época, en la que el español se ha transformado de una manera radical? Además del asombro inicial ante las ciudades monstruosas y los artefactos tecnológicos que inundan nuestra vida diaria, no tendría las herramientas para

comunicarse con esos individuos vestidos de manera ridícula y que farfullan en una jerga indescifrable. ¿Qué pasará con el mismo Borges en un milenio, si es que todavía existe el universo? ¿En alguna librería digital se venderá una versión anotada de “El jardín de senderos que se bifurcan” para el lector del año 3021? ¿Habrá que explicarle a esa

futura lectora que alguna vez hubo en la tierra una cosa llamada ‘jardín’, un lugar donde había árboles y flores, los que desaparecieron luego de la terrible pandemia de 2022?

Carlos Gamarro. *Borges y los clásicos*. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2016.

Aceite de palma, industria alimentaria y promesas superficiales

Maricarmen Zolezzi Sada

Una afirmación que podemos hacer sobre las grandes compañías de la industria de alimentos es que tienen dos prioridades principales. La primera, lógicamente, es hacer dinero. La segunda es contar con una buena imagen, que el público tenga una percepción positiva de ellos, sus marcas y productos. La prioridad número dos es importante porque lleva a la prioridad número uno. Ambas son de esperarse de cualquier compañía en cualquier industria, y sin más análisis ninguna es inherentemente mala o dañina.

Otra cosa que podemos afirmar es que, conforme pasa el tiempo, la discusión sobre el cambio climático y calentamiento global se vuelve más urgente y toma más importancia. Con los años, los consumidores están más interesados y preocupados en cómo los productos que consumen y las marcas que los producen impactan al medio ambiente. Como sociedad, y especialmente las generaciones más jóvenes, cada vez nos volvemos más conscientes sobre este problema. Sabemos también que las megacorporaciones de todo tipo, incluyendo las de alimentos, contribuyen sustancialmente a agrandar el problema, por lo que se deben llevar a cabo cambios drásticos.

Con estas afirmaciones en mente, muchas empresas en la industria de alimentos han establecido metas y hecho compromisos con relación a sus prácticas de producción para enfrentar al calentamiento global y ser más responsables con el ambiente.

Un ejemplo de esto es la producción y el uso del aceite de palma. Es un ingrediente en incontables alimentos procesados, y otras industrias como la de cosméticos y cuidado personal también lo utilizan en gran medida. En los últimos quince años su demanda se ha triplicado, lo que ha dado lugar a un gran problema de deforestación y degradación de suelos, particularmente en los bosques de Malasia e Indonesia.

Algunas de las compañías de alimentos más grandes del mundo como General Mills, The Hershey Company, Kellogg, Kraft Heinz, Mars, Mondelez, Nestlé, PepsiCo y Unilever son consumidoras masivas.

Para el 2010 ya era evidente que la producción de aceite de palma estaba teniendo un gran impacto en el ambiente. Desde entonces, muchas compañías comenzaron a comprometerse colectivamente, a través



de acuerdos y protocolos, en llegar a la deforestación cero e invertir en la producción sustentable. La mayoría de estas metas fijaron el 2020 como fecha límite.

Este caso, desafortunada pero no sorprendentemente, es uno de los muchos en los que la industria de alimentos ha fallado rotundamente en cumplir sus promesas y metas. El 2020 ya llegó y se fue, y la deforestación sigue siendo desenfrenada en estos países. Algunas compañías comunicaron que no iban a lograr cumplir las metas para las fechas límite y que tendrían que aplazarlas, otras ni siquiera comunicaron su postura.

Aunque son muy activas en comparar su involucramiento en este tipo de iniciativas, no lo son tanto en cumplirlas. No ha habido ningún intento real por su parte de eliminar la deforestación de sus cadenas de producción.

Una de las maneras en que cumplirían con los acuerdos sería dejando de adquirir aceite de palma de compañías proveedoras que sí causan deforestación para producirlo, pero esto no ha

ocurrido. Continúan demorando indefinidamente la fecha en que dejarán de comprarles el insumo y, mientras tanto, siguen utilizando su supuesta participación para posar como compañías comprometidas con el planeta.

Otras compañías medirían su progreso de una manera diferente, y totalmente inservible, que sería cuántos de sus proveedores anunciaban sus propias políticas antideforestación. Es importante destacar que la palabra utilizada fue “anunciar” y no “cumplir” o “implementar”.

Las compañías que les proveen el aceite de palma son comercializadoras internacionales, y no suelen monitorear sus cadenas de suministro. Primero están los grupos de producción pequeños, que son los que directamente producen el aceite y causan la deforestación y degradación de suelos, después pasan por instalaciones de molienda y refinación y luego por las comercializadoras que finalmente se lo venden a las compañías que conocemos. Cada una de estas

etapas opera como su propia entidad individual, por lo que es difícil hacer conexiones directas entre una compañía de alimentos y producción de aceite donde hay deforestación.

El problema de trazar una línea clara entre proveedores y la industria de alimentos ha sido conveniente para todos los involucrados. Deliberadamente se mantiene así ya que facilita la tardanza de cambios significativos. La industria de alimentos no sólo está implicada en la destrucción, degradación y explotación de estos bosques, sino que financia activamente a los responsables.

Aún más, la producción de aceite de palma no se limita a consecuencias ambientales. La explotación, remuneración injusta y el trabajo infantil son problemas comunes en la producción masiva de insumos como éste y especialmente cuando se producen en países tercermundistas, y este es otro aspecto que se niegan a abordar de manera real.

Todo lo anterior nos lleva a hacer dos afirmaciones más sobre la industria

Maricarmen Zolezzi Sada

Torreón, Coahuila, 1997. Estudia el octavo semestre de la carrera de Nutrición y ciencias de los alimentos en la Ibero Torreón. Ganadora del primer concurso de reseña bibliográfica 2020 y participante en el taller de periodismo de la Ibero Torreón.
maricarmenzolezzi@hotmail.com

de alimentos. La primera es que necesitan llevar a cabo cambios drásticos e inmediatos en múltiples áreas donde por décadas han tenido un enorme impacto. Una de ellas es el ambiente, pero también es imposible excluir a la salud de esta afirmación.

La epidemia actual de obesidad y enfermedades metabólicas es otra crisis completa que escala a mayores alturas cada año, y si tuviéramos que señalar un factor principal que ha tenido la mayor influencia sería sin lugar a dudas nuestro presente consumo de alimentos procesados que es impuesto y dictado por la industria.

La segunda afirmación es que nunca veremos cambios en ninguna área si estos dependen de los compromisos y las promesas de la industria. Mandatos

y regulaciones gubernamentales son imprescindibles en este tipo de situaciones ya que la autorregulación nunca ha sido un método efectivo cuando se trata de megacorporaciones, e incluso, cuando sí están llevando a cabo ciertas políticas positivas, por lo general sus cambios resultan más que escasos en comparación al daño que causan.

Esperar a que toda una industria tome acción real de manera inmediata y colectiva para abordar el calentamiento global y cambio climático por simple benevolencia sólo derivará, o al menos así ha sido hasta la fecha, en un planeta cada vez más cerca del colapso.

De la misma manera, tampoco podemos esperar cambios cuando se trata de la salud del consumidor. El etiquetado

de productos, los ingredientes que se utilizan y las estrategias de publicidad, entre otros elementos, tienen una gran influencia en la alimentación y comportamiento de los consumidores. Si tampoco se imponen cambios en esta área, veremos junto con un planeta al borde del colapso a uno habitado por una población continuamente más y más enferma.

Todo tipo de campañas y publicidad de la industria de alimentos sobre sus compromisos, especialmente con el medio ambiente, en su mayoría no son más que maniobras y estrategias de relaciones públicas que buscan tener al público sosegado y mejorar o mantener su imagen. Después de todo, una compañía *involucrada* es una compañía a la moda.



Noche de bar

Elena Palacios Hernández

Quise matarlo. Desde que lo supe, que mi esposa iba a dejarme por sus amoríos con él, que eran amantes, quién sabe desde cuándo. Como, supongo, suele suceder, poco a poco fui notando los cambios: sutilezas que pasan inadvertidas como vuelo de ave al atardecer. Pero el ave se vuelve mosca y la mosca, moscardón, y ya no es posible ignorarlo: gordo y molesto.

La duda es así, revolotea, zumba, muere.

Encaré a Sofía, y lo aceptó, que sí, que era cierto y que lamentaba el daño, que no fue su intención lastimarme. Usó esas frases y otras que de ordinario aplican en casos de maridos cornudos, como yo.

Un cliché de lo más barato: la señora enamorada de su instructor en el gimnasio. Además, era un adulterio absurdo, pues cuando vi al tipo fue algo como verme en una foto, o ver al hermano que no tengo, así de parecidos somos. Se lo dije a Sofía, que por qué, ¿qué buscaba en alguien tan parecido a mí?: misma complexión, mismo color de piel; yo, unos centímetros más alto, sin embargo hasta usábamos el mismo corte de pelo. Consideré enfermiza la atracción de mi mujer hacia él. Le propuse tomar terapia pero se rio en mi nariz y se largó con *mi doble*.

Y, como si se tratara de una semilla dormida en tierra que despierta sin aviso, mi deseo de matarlo brotó, y veloz, creciendo como enredadera, alargó sus extremidades para atraparme, sofocando mi alma, invadiéndome los sentidos, la vida, sin dejarme respirar bien.

Pensé la forma de matarlo. O mejor dicho: incapacitado para razonar, se me ocurrió que un golpe en la cabeza terminaría con él y con mi dolor. Desde entonces llevé un martillo en la guantera del carro. Sólo habría que esperar la ocasión.

La separación se hizo legal. Ella se fue feliz a vivir con él. Yo me quedé, desolado y a vivir sin ella. Me volví más solitario que de costumbre. Mataba las horas en el jardín y entre los libros. El estilo de vida era lo que marcaba diferencia entre mi rival y yo. Él era hombre de deportes; yo, amo cultivar rosas y leer a los clásicos. Pero nada sofocaba la furia que ardía en mi pensamiento.

Una noche fui a esperarlo cerca del gimnasio, donde estacionaba su

Elena Palacios Hernández
Torreón, Coahuila. 1967. Alumna del Taller Literario del Teatro Isauro Martínez desde 2015. Escribe novela y cuento. Publicó *Cuentos cortos para gente que duerme sola* (2018). Coordinó los libros colectivos de cuentos *Brotos de tinta* (2017) y *Narrar a mediodía. Cuentos del taller literario del Teatro Isauro Martínez* (2021).
eph_catequesis@yahoo.com.mx



carro. Hacía suficiente frío para llevar chamarra y, escondido en el costado, el martillo. Lo vi acercarse, despreocupado y atlético, no es que yo lo fuera tanto, mi cuerpo es sano de nacimiento y nunca me dio por entrenar, pero a él se le notaba más hasta por su forma de vestir. El momento de asesinarlo era éste. El desenfreno de mi corazón se adueñó de mi cabeza y mis sienes, de la garganta y hasta de piernas y brazos. Él estaba cada vez más cerca y no me había descubierto. Entonces alguien se acercó, alguien, no sé quién, no vi o no recuerdo, mi mente no registró al dueño o dueña de aquella voz que lo llamó y, encaminándose hasta el coche, platicó con él, despreocupadamente.

Sentí el ramalazo de la envidia. Otro, todos, cualquiera, cualquier persona

podía acercarse a él sin problema y sin odiarlo con el rencor que a mí me supuraba por cada poro. ¿Por qué yo? ¿Por qué me había elegido a mí? Pues no fue que eligiera a mi mujer para hacerla feliz. ¡No! Él me había elegido a mí, para hacerme infeliz.

Y lo vi ahí, como si nada, como si no le debiera nada a la vida. Y de ordinario conversaba y comía, iba y venía a donde fuera, mientras que yo deambulaba lleno de heridas, sintiéndome incapaz de continuar.

Me fui, sin nada, vacío del coraje necesario para acabar con todo.

Pero a los pocos días el odio retomó fuerza y cambié el martillo por una pistola. Me la vendieron cara, en un lugar dedicado a fabricar botas de hombre. Muchos saben que con suerte y dinero

suficiente, se consigue lo que sea en ese local del viejo mercado.

Para entonces supe también del bar al que acudía los jueves. Iba solo, siempre quise saber por qué. Se acodaba en la barra y entre trago y trago charlaba un poco con el barman, y adiós. En su casa y en su cama, seguramente ella lo esperaba, recién bañada y dispuesta. Mi cabeza era dinamita al imaginar a Sofía excitada ante aquella ligera embriaguez, aquel aliento cálido y húmedo que se diluía en su boca.

Después de espialo suficientes jueves, decidí dejarme ver y decidí también que el arma necesitaba un silenciador. Fui otra vez a esa tienda y me lo vendieron, muy caro también.

Aguardé afuera para verlo llegar y diez minutos más tarde, entré. Mis ojos

lo buscaron, aunque sin necesidad, pues ocupaba su lugar de siempre, en la barra, bebiendo, de lo más tranquilo. ¿Cuántas veces, desde que todo comenzó, me bebí mi rabia, la vergüenza, el dolor? Tragos amargos y calcinantes, no como sus patéticos jaiboles.

No fui a la barra, ocupé una mesa cerca de él. Pedí un tequila para tragarme los nervios. Se levantó para irse y me vio.

Se acercó, como si nada. Puedo decir que los músculos de su cara se acomodaron para sonreír. ¿Sonreía para mí? No pude ocuparme en descifrarlo porque su voz me sorprendió. Su voz y su mano extendida hacia mí. *Qué tal*, dijo y le estreché la mano y me palmeó el hombro. Qué descaró.

Y se sentó.

No sé de qué hablaba, veía sus labios moverse pero el martilleo en mis sienes me impedía entender. De pronto, ignoro cómo, me escuché preguntando por ella. Cómo está, sigue trabajando, qué tal su salud.

Qué imbécil, qué vergüenza de mí. Apuré otro tequila para no atragantarme con el nudo de mi estupidez. Acurrucada en mis costillas la pistola comenzó a oprimirme, la sentí inmensamente pesada, insoportable. Por eso me levanté para salir. Sin decir nada, sin despedirme.

No sólo hui del bar aquella noche, sino de la ciudad al día siguiente. Viví varios años en un lugar del norte, aunque las ansias de matarlo continuaban intactas, hasta sentía que más sólidas, como si el tiempo en vez de secarlas, las hubiera madurado.

Regresé. Me recibieron los rosales muertos, la biblioteca empolvada y la habitación tan triste como cuando me fui. Solos y amargos como nos quedamos cuando Sofía se fue. Sin cambiar

las sábanas me eché a pensar, a formular un plan que ahora sí funcionara para matarlo.

Comenzaría de nuevo para ubicarlo y conocer sus movimientos. Todavía tenía la pistola y salí al patio trasero a comprobar si el silenciador era útil. Y lo fue. Poc, un golpe sordo, eso era todo. Si aún era cliente del bar de siempre, todo se facilitaba, me haría el encontradizo. Después de charlar nos iríamos juntos. Le pediría que me llevara a mi casa, pero dando una dirección falsa, haría que fuera por cierto sitio poco transitado y lo mataría. Aquí la policía no investiga crímenes como el que yo deseaba cometer, no le importa, inventa accidentes absurdos y suicidios, para evitarse trabajo y para que en sus informes no crezca el índice delictivo. Así que era poco posible que dieran conmigo, nadie sabía que yo estaba de vuelta, y, si acaso sucediera, si me atrapan, guardaba el recurso de una bala para mí. ¿Quién quiere ir preso? Nadie. Sostengo la idea de que la mayoría de los seres humanos somos capaces de asesinar y de que en algún momento, todos albergamos el secreto deseo de matar a alguien, y si no lo hacemos es por miedo a la cárcel.

Tuve suerte, pues sus mediocres hábitos no habían variado: mismo día, mismo bar, mismo lugar en la barra. Al siguiente jueves me vestí de sport, como él, y fui. Esa noche llegué primero. Lo vi entrar y pasar a mi lado sin mirarme. Lo detuve y se sorprendió de verme. Forzó la sonrisa y titubeó en sentarse conmigo, pero insistí.

Pedí una botella de brandy, y después de la primera copa no fue difícil entablar conversación. Él iba rápido, pronto la botella se vació y él hablaba y hablaba y hablaba. Para escucharlo acallé el fami-

liar golpeteo en mis oídos y, sorprendido con sus confidencias, pedí otra botella, llenándole el vaso cada vez que se bebía el licor de un tirón. Borracho me sería más fácil matarlo.

Tuve que pagar yo porque él no atinó a sacar la cartera. Lo ayudé a levantarse y salimos de ahí. Le saqué las llaves del carro y lo arrojé en el asiento trasero.

Manejé lento. Agradecí cada semáforo rojo para pensar. Él roncaba. Llegamos a su casa, donde aguardaba su mujer, mi exmujer. Era casi la una. Con las llaves del carro estaba también la de la puerta de entrada. Entré sin hacer ruido y sin encender luces, obligando a mis ojos a adaptarse y ver para encaminarme a la habitación oscura. Giré la perilla y pude ver a Sofía, mi Sofía. El reflejo azul del cielo nocturno se regocijaba tocando su semidesnudez. Me desvestí y entré en la cama, bajo sus cobijas. Besé su nuca y su espalda, acaricié la piel tan familiar y lejana, tan extrañada. Y así, medio dormida, me recibió y estuve en ella, sin hablar, sin dejarme ver el rostro. Y todo fue como antes, como debió ser siempre. Yo la conocía tanto: al quedar satisfecha, abrazaría la almohada y volvería a dormir.

Puse los últimos besos en su hombro, tomé mi ropa y me fui.

Afuera, en el carro, seguía dormido el hombre que odié por tanto tiempo. Me quedé a verlo unos instantes, preguntándome si acaso es posible soñar mientras se está ebrio. Luego caminé hacia la calzada y detuve un taxi. Rumbo a mi casa recordé la charla en el bar:

Ya no soporto a Sofía, me confió, además tengo otra mujer. Pero tu ex es tan astuta que si no le hago el amor cada tercera noche, se pone recelosa y no para de fastidiar. Y hoy me toca cumplirle, ella no perdona ni mi noche de bar.

El transeúnte

Alfredo Loera

Día ochenta y tres.
Se secó todo. Yo decidí irme. Llevo agua y un poco de comida. Llevo auestas un sinfín de pensamientos, un sinfín de locura. Llevo un sinfín de pasos atrás. Llevo todo el cielo en mi espalda. Ya no soy el mismo. Mi cara se ha arrugado por el sol. Se ha endurecido, de cierta manera fosilizado, es otra. Como una máscara antigua que me salió de lo más profundo. Me he perdido en mis cavilaciones. Ya no sé. Nadie sabe dónde estoy (y de dónde vengo tampoco nadie lo supo). No hay nada, únicamente el sol viendo todo, mostrándome que no hay objetos más allá. No importa cuán rápido vaya. Todo es tan claro. Ningún animal, ¡ni si quiera una tormenta! Nada. La luz de sol resplandece por todos lados. Ninguna sombra. Aborrezco tanta claridad. A veces se necesitan las incertidumbres, temer lo inesperado. Pero todo se muestra de antemano. La tierra blanca espejea con el cielo azul claro, y el sol todavía más blanco. Ninguna nube: azul, azul y azul. No me sirven de nada los ojos, porque nada hay que ver, solamente luz. Y calor. Mucho calor. Mis piernas tomaron una cadencia monótona, me duelen; sin embargo, el muelleo disminuye a intervalos el sufrimiento. A pesar del cansancio, me es agobiante ir despacio. Sin importar cómo, me da la impresión de que mis huesos se fragmentan a cada paso. No paro en todo el día e incluso algunas noches también continúo. Por las noches la oscuridad me apesadumbra, a veces sufro de pánico, no sé dónde estoy, y corro. No veo nada y desorientado sin recordar mi destino, empiezo a agitarme bastante, como si estuviera en un ataúd queriendo salir, y decir que aún no estoy muerto, y después preguntara mi nombre, que por alguna extraña razón olvidé. Corro hasta perder el aliento, y de pronto me doy cuenta de la estupidez que eso significa. Me controlo convencíendome que necesito seguir. Trato de recordarme quién soy. De esta forma logro controlar mi pánico; no obstante, me siento encerrado. Pero estoy a cielo abierto. Me apremia una inmensa necesidad de llegar a otra ciudad; no estar en el camino, no ser un caminante siempre, poder ver y oír diferencias. Poder estar. Pero no sé cuánto más falta. Únicamente la planicie. Se ve el agua a lo lejos, pero soy consciente de que es una ilusión por el calor. Me angustia la línea que se dibuja perfecta,

Alfredo Loera

Torreón, Coah., 1983. Es Maestro en Literatura Mexicana por la Universidad Veracruzana. Inició sus estudios de literatura en la Escuela de Escritores de La Laguna. De 2009 a 2011 fue becario de la Fundación para las Letras Mexicanas. Publicaciones suyas han aparecido en revistas como *Casa del Tiempo*, *Círculo de Poesía*, *Fundación, Pliego 16*, *Ad Libitum*, *Este País*, *Siglo Nuevo*, *Tierra Adentro* y *Red es Poder*. Es autor de los libros *Aquella luz púrpura* (FETA, 2017) y *Wish you were here* (SEC, 2020). Estudia el Doctorado en Literatura Hispanoamericana en la misma UV.
alfredo.loera@gmail.com

esa línea que divide el cielo de la tierra. El cielo y la tierra, para mí son lo mismo. En estos momentos siento que puedo palpar aquel trazo, como a mi propio sudor, escurriendo pesadamente sobre mi espalda. Pero eso no me sirve de nada. Está allá, lejos. ¿Por qué continúo? ¿Por qué sigo caminando a pesar de todo? Como una bestia enjaulada, que ya no sabe nada del mundo, los barrotes son los mismos. Siempre los mismos. Parece como si nunca hubiera habitado en ninguna parte. Ahora es cuando más ocupo un lugar. Estoy aquí presente, palpando, padeciendo mi realidad. Y no hay nadie para contarle. Mi muerte en estos momentos sería en vano. Sería dolorosa, porque sería lenta. Necesito llegar a otra ciudad, o lo único que me quedará será agonizar,

asarme en el suelo blanco. Quemarme. Y pudrirme en la intemperie. Hacerme poco a poco parte del paisaje, erosionarme con la tierra, cuartearme. Secarme. Pero primero tendría que agotar todos los insumos, el agua, la comida, y eso todavía me puede tomar una semana. ¿Estar aquí una semana entera? No es posible estar esperando; tarde o temprano comería algo, daría un sorbo a la botella. Eso retardaría mi muerte, y me quedaría aquí más tiempo, lleno de estupor. No. Debo llegar a otra ciudad. Todo está en paz. La paz me inquieta.

Día ochenta y cuatro.

Sigo caminando en la vacuidad. Me he consumido. Ya no digamos físicamente. He consumido todos mis recuerdos y mis pensamientos que me parecen

insípidos y aburridos. He vuelto a ver todos los habitantes de dónde vengo. He recordado sus defectos, sus virtudes, su forma de andar. Traigo a la memoria la imagen que me ha quedado de ellos, que poco a poco se ha ido desvaneciendo. Y me voy quedando vacío. Si no llego a tiempo, tarde o temprano mi mente estará en blanco. Mi cuerpo me ordena detenerme y morir. Palpar mi calavera en los pómulos. No quiero estar de ese lado. Lo único que me queda es la rebelión. Rebelarme y continuar caminando sin dormir, sentirme cansado y seguir de esta manera. Correr... Me detengo. Jadeante, escucho mi cuerpo. Siento cómo se tensan los tendones de mis piernas, mi sangre fluye rápidamente a mi cabeza... y baja con potencia hacia todas mis extremidades..., la espalda me pesa..., y los brazos apenas pueden... por su propia cuenta... no podré mantenerme así por mucho tiempo... Sale calor por mi boca..., todo el calor que he acumulado..., y me quema la lengua..., los dientes. Ese aliento caliente choca en mi nariz... y me dificulta respirar... Empiezo a asfixiarme..., mis músculos secretan ácido láctico por todos sus rincones... Sigo con un dolor fuerte en el pecho..., y sale más calor de mi boca... Mis pulmones no pueden contener el aire caliente..., no puedo abrirlos más. Mi vista se empieza a oscurecer..., estoy quemándome con mi propio calor... Me tiro al suelo. Intento recuperarme.

Día ochenta y cinco.

Otra vez veo el cielo y es indiferente, paralizado. Árido. Continúa igual. Pero no todo sigue así. Extrañamente veo algo adelante. No es otra ciudad. Dudo de que realmente haya algo. Es-



toy alucinando por el calor. Sin embargo, aquello se me presenta como un pequeño monolito. Estoy demasiado lejos para distinguir lo que es. Empiezo a caminar despacio. Tanteando el suelo agrietado y polvoroso. Continúo preguntándome qué podrá ser aquello en medio de la desolación. Cada vez va haciéndose más grande, toma su forma, y de pronto observo otra moviéndose. Es un hombre. Un hombre que tiene una pequeña guarida en medio del paisaje blanco. ¡Es absurdo! y gracioso. Río en silencio. Me acerco. El hombre no se percata de mí en ningún momento. Está recogiendo algo del piso. Es una pequeña casa, parece hecha de piedra, nunca vi algo parecido, y afuera hay los restos de lo que figura ser una fogata. Un hombre ahí en medio de nada, como si no quisiera enterarse del asunto de la humanidad. Sobreviviendo sin ninguna razón, existiendo sin más. El lugar es muy simple. Pero cada detalle me dice que todo tiene su función, y ha sido bien razonado. Dentro de su simplicidad se esconde una complejidad imperceptible. Me voy acercando. El hombre ha entrado a la morada. Cuando llego a la puerta, pienso que aquel hombre me verá de inmediato y saldrá. Me paro unos instantes afuera. La fachada es lúgubre, no quiere recibir a nadie, por eso es que está ahí en la soledad. No le gustan las visitas, no quiere saber nada. La puerta es impenetrable. Una ventana está abierta, pero una tela cubre el interior, el aire sopla un poco y la tela ondula silenciosa. Se oyen murmullos al interior, aquel hombre no está solo. Pero nadie sale, la morada se encuentra ensimismada, en el centro de un universo aparte, aislado, autosuficiente. Advierto que no quieren ser molestados. Pero aquí estoy. Tal vez

pueda descansar esta noche y retomar mi camino hacia otra ciudad. No puedo solamente seguir mi marcha, estoy perdido. Aquí estoy. No puedo solamente seguir. Debo tocar. En la puerta hay unas letras deformes. Alcanzo a leer “Favor de usar el timbre. No tocar en la puerta, Gracias”. Río en silencio y empiezo a buscar el timbre. Supongo que estará a la vista; posiblemente, colgado en la parte superior de la puerta. O en el suelo. Busco detenidamente. No encuentro nada. Pienso que no puede ser tan importante, no hay nadie más. Todo es tan silencioso. No se necesita ningún timbre. Incluso me viene a la mente que puedo gritar: “¡Hay alguien por ahí!” Pero prefiero ser sutil. Toco en la puerta. La puerta es pesada, dura, áspera. No está hecha para ser tocada, no con una mano. Se necesita de un mazo. Lo cual extrañamente me alarma. Toco otra vez, los dedos resecos se humedecen porque se me rebanan algunos pellejos. Se oye silencio adentro, no esperaban a nadie, y es desconcertante que yo esté aquí afuera, incluso para mí. Después de un instante, casi imperceptible, un hombre joven desliza la tela que cubre la ventana. Al fondo se ve otro hombre ya mayor, pero aún fuerte, sentado enfrente de una mesa. Tal parece que está comiendo. Todos los ojos que están presentes en este momento se quedan fijos, como si no pudieran reconocer lo que está pasando, y tal vez al mismo tiempo instintivamente se quedan quietos para ver sin ser vistos. Quiero decir unas palabras, pero el hombre del fondo se adelanta.

—¿Qué desea? ¿Por qué no usó el timbre? ¿No vio? ¿No entiende? ¿Por qué no usó el timbre? ¿Qué tiene en la cabeza? No nos interesa a que vino. ¡Lárguese!

El hombre empieza a gritarme enfurecido, cada vez más enfurecido. Me desconcierta. Por un segundo pienso en lanzarme sobre él y matarlo. Detesto la manera en que me grita. Detesto todo lo que es él. Lo odio con todo mi ser. Pero no digo nada. De pronto me descubro parado en la puerta como un idiota, y comprendo que lo mejor es seguir caminando. Buscar el camino hacia a otra ciudad por mi cuenta. Pero me atemoriza que la gente de ese lugar sea así, como este hombre. Digo unas palabras, algo como una disculpa que no suena a eso y empiezo a caminar. Lo último que veo son los ojos del joven, que siguen fijos. Y pienso que es mejor hacer lo que he concluido. Camino. Sigo adelante. Me vuelvo a encontrar con la línea perfectamente trazada a lo lejos. Camino monótonamente. No sé llegar adonde voy, no sé qué hacer. Vuelvo la vista atrás. Y el joven me llama. ¿Qué sucede? ¿Me llama?, dice que regrese. Me pongo alerta. Creo que el hombre no está satisfecho con lo que me dijo. Esta vez lo mataré. Estoy listo. Me acerco lentamente y excitado, soy una bestia tanteando a su presa. Me acerco. Soy un asesino. No sé qué pueda pasar, estoy dispuesto a todo. Estoy a un paso del joven quien ha abierto la pesada puerta. Me mira con los mismos ojos escondidos y me dice que entre. Me paro en el umbral y veo al hombre que sigue sentado, mirando en silencio. No entiendo. El joven se ha ido. No me di cuenta hacia dónde. Estamos solos. Espero su ataque, esta vez no me tomará desprevenido. Lo mataré. Le enseñaré todo lo que debe saber, y lo que no debe. Lo haré rogar para que lo mate.

—Siéntese —ordena.

¿Qué me siente? Sigo el juego. De todas formas lo mataré.



—¿Quiere comer algo? —vuelve a ordenar.

No quiero comer nada, digo que no.

—Entiendo que va de paso. Viene de lejos, tiene otras costumbres. Pero si ve el letrero, haga caso.

Pronuncia con una voz seca. Ordena que soy de otro lugar y que tengo otras costumbres. Su voz es tranquila; sin embargo, no sé por qué sigo alerta. Algo en sus palabras me mantiene atento a todo. Le digo que tiene razón, debí usar el timbre. Me excuso diciendo que no lo encontré por ningún lado.

—Pero ahí está. A la vista, luego, luego. Es cuestión de verlo —dice.

Ordena que es cuestión de verlo. Trato de obedecerle. Lo dejo así. Empieza a hablar un poco de lo que siempre se habla, sobre las cosas de la vida, que nada tienen que ver con la vida. No me voltea a ver la cara, sino a un punto en la pared. Lo escucho. De la plática de la vida saltamos a otra un poco más simple.

—Yo hice esta morada con mis propias manos... ¿Y a dónde se dirige? —continúa.

Le digo que me dirijo a otra ciudad, y le pregunto cómo llegar. De una habitación al fondo sale una niña. Una niña desnuda. Como de doce años. El hombre la regaña furioso.

—¿A dónde crees que vas?

La niña grita asustada y regresa de donde vino

—Tómese algo —ordena.

Acepto. Se para y de una pequeña gaveta saca dos vasos y una botella de aguardiente. No veo agua natural por ningún lado, pero tiene aguardiente. Pone los vasos enfrente de mí y los llena. Toma el vaso, no dice nada y se lo traga de un golpe. Lo mismo hago yo. Se extasia, aquel líquido lo sacia, lo cambia, el semblante le mejora.

—Con esto los mato a todos. Vea, así —dice mientras levanta las manos, haciendo ademanes de victoria, asesándole fuertemente a un cuerpo ensangrentado con una daga. ¿A todos, quienes? No hay nadie. ¿Ya los habrá matado a todos?, me pregunto. Pero si no sabe nada. Ahora sé por qué estoy alarmado. Lo mataré. Me mira con una pequeña sonrisa en los labios.

—Parece usted un buen hombre... Yo les decía a mis hijas que se buscaran hombres de su tipo. Pero ya están muertas.

Me mira con la pequeña sonrisa. Lo mataré. Vuelve a empezar.

—Yo sé que usted no tiene la culpa, pero debe seguir las costumbres, yo sé que anda perdido. Yo le diré cómo

llegar. ¿Sabe por qué? Porque yo vengo de donde se dirige. Un día al igual que usted, decidí largarme —ríe extrañamente, sin razón, no le encuentro la gracia. Me alarma.

—¿Quiere más? —vuelve a preguntar. Llena los vasos. Y vuelve a tragárselo de un jalón. De pronto no sé qué está pasando. ¿La niña, me pregunto, qué habrá pasado con ella, qué pasará con ella? Qué me importa. Me pongo en pie. El hombre se sorprende. Digo que me voy.

—No se vaya, hombres como usted me agradan. Quédese.

Trato de obedecerlo, pero de alguna manera digo que me voy. Ya en pie me doy cuenta de la corpulencia del hombre. Es como una cosa que camina. Me trastorna y repugna; a la vez me pone más exaltado. El hombre se parece a los hombres de dónde vengo. Me dirijo a la puerta y salgo. Pienso en la otra ciudad.

—Yo sé que usted viene desde lejos, pero debe aprender a seguir las costumbres. Ya se va. Váyase pues.

Lo obedezco.

—Siga para allá, al norte, ¿ya vio?... esa dirección lo llevará. Tardará mucho en llegar a pie.

Empiezo a caminar, confundido, con mi mente en blanco. Un paso. Dos pasos. Tres pasos. Cuatro pasos. Perdí la cuenta. Sólo pienso que este hombre viene del lugar al que me dirijo.

Día ochenta y seis.

Está nublado. El cielo es casi negro, tormentoso. Un relámpago sale latigueando la Tierra. La lluvia empieza a caer tempestuosamente. Por ningún lugar hay señales de otra ciudad. Respecto al otro hombre: he decidido regresar y matarlo.

Gómez Palacio.
Septiembre de 2008

Dos postales desde la niñez

Javier Ramponelli

LA CASA QUE

Esa casa que están construyendo
ahora
mi abuelo y mi papá
será demolida por un albañil anónimo
30 años después.
Mis hermanos y mis hijos todavía
no nacieron.

Yo tengo un año
y miro cómo mi abuelo y mi papá
construyen la casa.
El poema llega hasta acá.
Lo escribí en reemplazo
de esa
foto
que nadie sacó.

Javier Ramponelli

Buenos Aires, Arg., 1978. Ha publicado dos libros de poemas: *El club de los mexicanos* (2006, primer premio nacional editorial Baobad), y *El piso tembloroso del ring-side* (2010, editorial Milena Caserola). Actualmente trabaja en un tercer poemario que titulará *El auto que chocamos juntos*. También tiene listo *Entre Verónica y Los Carpátos*, un libro de cuentos, y una *nouvelle* por concluir: *Sin vacunar en el país de la rabia*. Dedicó su vida a la literatura y otros menesteres. Coordina un taller literario en la biblioteca municipal de Morón, del conurbano bonaerense. Dirigió diversas revistas de poesía *underground*, como *La Bizca* o *Buenos días sr. Phill*. Utilizó el seudónimo de Luis Lhooner durante mucho tiempo. Ya no. Tiene 41 años, por ahora, y es hincha de River.
javramponelli@gmail.com

MADE IN CHINA

Es que veo en tus juguetes
plástico de China
talleres trabajando sin parar
en el invierno
asiático
los rostros orientales
y las maquinas inyectoras
de la ciudad
más industrial del mundo.
Eso es lo que
veo
a veces
cuando vos no estás
y tus juguetes invaden nuestra casa.
Pienso que cruzaron el mar
en un container
sólo para acompañarte
en tu infancia latinoamericana
en el aburrimiento
de la siesta
de este barrio.
Y son como un espejo
por donde el tiempo te mira
y después
pasa.

Acequias

REVISTA DE DIVULGACIÓN ACADÉMICA Y CULTURAL

Acequias es una revista interdisciplinaria que aparece tres veces al año: en Primavera (abril) Verano-Otoño (agosto) e Invierno (diciembre). Es editada por el Centro de Difusión Editorial de la Universidad Iberoamericana Torreón y dirigida sobre todo a la comunidad que integra la Ibero Torreón y el Sistema Universitario Jesuita.

Se llama *Acequias* porque es una palabra con la que se identifica la atmósfera agrícola de La Laguna, además de que esta palabra contiene entre sus grafías las siglas de nuestra Universidad: *Aceq-ua-s*.

Su acceso en la página web de la Ibero Torreón es gratuita para todos los usuarios de internet, y todos los ejemplares permanecen disponibles sin restricción de tiempo y lugar.

Si eres alumno o ex alumno de cualquier programa académico, personal académico de tiempo o asignatura, personal administrativo o de servicio, miembro de asociaciones vinculadas con la Universidad o amigo de la Ibero Torreón, *Acequias* te invita a colaborar con ensayos, artículos, entrevistas, crónicas, reseñas de libros y películas o textos de creación literaria. En consideración a la diversidad de lectores a la que está dirigida la revista y a su espíritu divulgativo, recomendamos evitar vocabulario especializado, así como excesivo aparato erudito. Los textos deberán estar escritos de manera clara y bien estructurada. Te sugerimos considerar la fecha de salida del siguiente número al decidir que deseas colaborar.

La extensión de las colaboraciones es de dos a cuatro cuartillas a doble espacio en fuente Arial de entre 12 y 14 puntos. Los colaboradores deberán entregar el original en versión digital. Los textos deberán llegar complementados con la siguiente información:

- Nombre del autor
- Dirección y teléfono
- Área de trabajo, estudio o relación con la Ibero Torreón si la hay
- Breve información curricular
- Autorización para agregar la dirección electrónica en la ficha de autor

El Comité Editorial, sin conocer el nombre y procedencia de los autores, determinará la inclusión de los materiales recibidos dentro de la revista según criterios de calidad, oportunidad, pertinencia, extensión y cupo. Los textos que lo requieran recibirán corrección de estilo en el entendido de que deberá ser la más mesurada posible. Debido a la gran cantidad de colaboraciones propuestas para su publicación, el Comité Editorial no asume la tarea de emitir sus dictámenes a los autores por ninguna vía.

Los materiales propuestos deberán ser entregados o enviados al Centro de Difusión Editorial de la Ibero Torreón. También pueden ser entregados a los editores o enviados a la dirección electrónica: publicaciones@iberotorreon.edu.mx y jaime.munoz@iberotorreon.edu.mx. La fecha de cierre del número 85 de *Acequias* será el 30 de julio de 2021.

IBERO
TORREÓN



UNA NUEVA GENERACIÓN. • • •
UN NUEVO COMIENZO.

T. 871 7051072
Whatsapp: 8711367214 y 8711384861
admision@iberotorreon.edu.mx



CIUDAD DE MÉXICO • LEÓN • PUEBLA • TIJUANA • TORREÓN